Guillermo Díaz-Plaja

SELECCIONES DE POESIA ESPAÑOLA

ATLAS LIRICO

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
de la Real Academia Española

ATLAS LIRICO
(1973-1977)

(1. Sonetos en el mapa.- 2. Poemas en el mar de Grecia.- 3. Poemas y canciones del Brasil.)

seguido de

CONCIENCIA DEL OTOÑO

Plaza & Janes, S. A.
Editores

Portada de
J. B. OCHE

Primera edición: Enero, 1978

© 1978, Guillermo Díaz-Plaja
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-80955-X — Depósito Legal: B. 49.127 - 1977

1

SONETOS EN EL MAPA *

* *Libro inédito.*

SONETOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL

EN MADRID (DESDE EL PASEO DE ROSALES)

ENTRE Sierra y Llanura se derrama
—río, soto, verdor— la lejanía,
que crea ardiendo la escenografía
que en terciopelos púrpura se inflama.

A un lado, la ancha piedra que proclama,
con dorado esplendor, la Monarquía;
al otro, muestra en prado y serranía
su sombra violeta el Guadarrama.

Todo se alcanza en perfección redonda.
Y al fondo, la Pradera solicita
la algarabía popular que ronda

la cúpula pequeña de la ermita
vibrando con la esencia de verbena
en alegre y genial marimorena.

SALAMANCA, EN LA RIBERA DEL TORMES

EN tanto Salamanca alza la blanca
perfección de su luz viva y redonda,
ciñe el paisaje en esplendor de fronda
la geometría que del oro arranca.

Alce mi verso, en la mirada franca,
en la caliente voz, música honda
para que el Tormes rime en limo y onda
su cantata de amor a Salamanca.

Todo está en vilo. El huerto sosegado
mana un silencio estremecido y fuerte.
Soneto fiel, di tú que yo he cantado

la gracia vencedora de la muerte.
Por el amor de Dios, di tú que he sido:
náufrago que se duerme en el olvido.

ATARDECER DE OTOÑO EN SIMANCAS

LLUEVE octubre sus aguas desmayadas
sobre la horizontal de la llanura;
la torre de homenaje cobra altura
sobre sombras de pálidas mesnadas...

Esto es la Historia. Páginas dobladas
donde la tinta su tatuaje apura,
dibujando el perfil y la figura
que iluminan relámpagos de espadas.

Cada hazaña es un número, una letra,
un rasgo incandescente que penetra
con el alma asombrada al viajero...

Ésta es la historia. Un átomo de olvido
que alienta en lo que ya, por haber sido,
se ha ganado vivir lo duradero.

EN SEGOVIA, AL PIE DEL ALCÁZAR, JUNTO AL SEPULCRO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

CASTILLO, nube, resplandor, ardores,
¿dónde la flor, el pájaro, la fiesta?
La proa vertical que riza, enhiesta,
la espuma del Eresma y del Clamores.

Noche oscura del alma, ruiseñores,
canto en silencio azul que manifiesta
una luz desmayada en la floresta
que brilla entre los altos miradores.

Las ínsulas extrañas... En la oscura,
en la secreta escala sosegada
el aire de la almena transfigura

en soledad la música callada,
voz de Juan de la Cruz, en el sigilo,
llama viva de amor, aérea, en vilo.

EN EL PIRINEO ARAGONÉS, AL LLEGAR EL INVIERNO

EN el incendio de los bosques de oro
otoño guarda sol en cada rama,
llena de cobres cálidos la grama
y es de esmeralda y fuego su tesoro;

la niebla avanza como un manso toro
que envuelve el alto monte y se derrama
intentando apagar la última llama
en un pequeño crepitar sonoro.

Ya la cumbre encanece; ya transita
por el cielo cobalto el viento frío;
ya se estremece el praderío tierno;

ya la flor, agostada, que tirita
bajo la nieve, da su escalofrío,
su bienvenida pálida al invierno.

EN TOLEDO, DESDE EL CIGARRAL DEL ANGEL

EL agua de mi espejo se derrama
para abarcar más cielo, dice el río.
Su noble pesadumbre el caserío
alza sobre la fronda y la retama.

La Catedral, petrificada llama,
levanta en alto su perfil bravío,
y el Alcázar pregona el poderío
con la trompetería de la fama.

Tiemblan, bajo la tierra, las espadas,
las sinagogas donde el tiempo llora,
las sangres de terror coaguladas;

mientras, en el silencio de la hora,
Toledo va diciendo paso a paso
el verso militar de Garcilaso.

SAN SEBASTIAN

IGUELDO, Santa Clara, Monte Ulía,
broches de joya, límites de sueño,
creando al sofrenar su propio empeño
una dulce lección de geometría.

Curva, círculo, centro, la Bahía
logra hacer el Cantábrico pequeño
para tornar lo inmenso en el ensueño
de una frágil azul orfebrería.

Todo verdor es esmeralda, risa,
tamarindo, pinar, juego en la brisa,
afinado perfil, dibujo neto;

toda casa es palacio, poderío
ceñido a perfección; tascando el brío
como doma sus versos el soneto.

2 — 3563

EN LA BAHÍA DE SAN AGUSTÍN, DE PALMA DE MALLORCA

¡PERFECCIÓN de la tarde! Geometría
de la luz y del mar, que se divide
el horizonte azul, donde reside
la belleza resuelta en lejanía.

¡Perfección silenciosa! Se diría
que el rumor con la tierra coïncide,
mientras la luz de la marina mide
sus quilates de música vacía.

Silencio de la mar. Si navegamos
nuestra quilla tajante se desliza
calladamente al par que caminamos,

igual que si voláramos; ni riza
en el azul la proa el frágil leño:
andamos como se anda por el sueño.

EN LA ISLA DE CABRERA, CON LOS FANTASMAS DE UNOS PRISIONEROS INSEPULTOS

SOBRESALTO de hierba calcinada
—¿defecto de la azul aguamarina?—
alza su perfil breve que imagina
ser refugio, castillo y ensenada.

Una bandera grita en llamarada
sobre la torre que jamás se inclina,
vertical que en la altura cristalina
rige una soledad desesperada.

Al crudo sol, fantasmas macilentos
yerran sobre los muros corroídos,
monumentos de muerte, monumentos

de aire, en su dolor desvanecidos;
testimonio de tumbas nunca abiertas
sobre el silencio de las aguas yertas.

EN LA PLAZA DE MEDINA SIDONIA DONDE UNOS HOMBRES ESPERAN TRABAJO

DE mar a alcor, de alcor a serranía,
la tierra sobremonta sus perfiles;
alza, encresta, esmeralda sobre añiles
nostálgica de sal y de bahía.

Coto, cárcel, cortijo y gañanía:
sueñan gitanos y guardiaciviles,
mientras en el hondón de los rediles
brama su celo la ganadería.

Ya Medina Sidonia alza su vuelo
su limbo de castillo y blancos muros
su silencio de asombro y desconsuelo;

su chorrear de pámpanos maduros,
su trotecillo de asnos resignados;
su llanto y su dolor desesperados.

EN CADAQUÉS, TARDE DE OCTUBRE

¿SOBRE qué melodía de añafiles
trazas el redondel de la sonata?
¿Sobre qué blancos, verdes, rosas, plata,
cantan, en el ocaso, los añiles?

Recortándose al alba, los perfiles,
la luz que lentamente se dilata
dibuja con la púrpura escarlata
el manto de las músicas sutiles.

Crisantemo de luz que se desmaya
sobre la almohada dulce de la playa
Cadaqués se diluye en caracolas

que se van, al morir, desvaneciendo
mientras, trémolo azul, desfalleciendo
halla mi corazón su rompeolas.

EN LISBOA: HABLA EL CASTILLO DE SAN JORGE

—«QUISE ser; pude ser.» Éste es mi escudo
hecho de libertad y de aventura.
Soy Portugal, el genio y la figura:
ni la batalla ni el clavel eludo.

Si naufragio fatal, combate rudo,
fueron mi contrapunto en la andadura,
puedo decir, a fin de singladura:
navegué, poseí y estoy desnudo.

Una música suave me perfila,
donde Tajo y Mondego, flor y vega,
vienen a saludarte en este encuentro.

Soy Portugal, y mi alma está tranquila,
si no fuera que siento que me llega
un secreto escozor de España adentro.

SONETOS DE FRANCIA E ITALIA

EN PARÍS, ATARDECER EN LA RUE DE RÍVOLI

LOS arcos nobles de las galerías,
desde su geometría cartesiana,
danzan como al compás de una pavana,
el ritmo de las obras y los días.

Si la Razón sofrena fantasías,
se ajardina de música temprana
el corazón que escucha su campana
sobre los patios de las Tullerías.

Si la Doncella en su caballo esgrime
la espada de la guerra, la dulzura
de las palomas en su pecho imprime

una rosa de pálida ternura.
Y el Obelisco es el glorioso alarde
que cierra la sonata de la tarde.

EN COLLIURE, DONDE REPOSA ANTONIO MACHADO

CÚPULA enhiesta y muros torreados
lanzan su grito bélico a las olas
que cubren, con rumor de caracolas,
huesos de gladiadores soterrados;

bajo los anchos porches soleados
danza y canción que fueron españolas
con bandera de trigo y amapolas
dan su gracia de ritmos alternados.

Aquí Antonio Machado llegó un día
en el final de su melancolía,
destrozado, rendido, como pudo,

y descansó en su último viaje
como quiso, ligero de equipaje,
como los hijos de la mar: desnudo.

EN ROMA, PIAZZA COLONNA

ARQUITRABES, estatuas, galerías
giran en torno a la columna enhiesta,
tirabuzón del cielo, piedra en fiesta,
berbiquí de las altas lejanías...

El tornillo sin fin de sus estrías
desarrolla preguntas sin respuesta,
multiplica y *divide*, *suma* y *resta*,
encadenando las alegorías.

El tiempo y tú, Columna, sentenciados
a ver girar la historia, piedra viva
como giran los hombres fatigados

uncidos a esa rueda fugitiva
que dibuja proezas combatientes
hundiéndose en tristezas impotentes.

EN FERRARA, BAJO LA SOMBRA DEL ARIOSTO

ÉSTA es Ferrara. Ved. Castillo y muro,
torre, jardín —cipreses— y un ensueño.
Un Cosmos se hace nítido y pequeño
en el verso que mana limpio y puro.

Es Arïosto. Ya sabéis. Maduro
para la fantasía del beleño,
nos llevará a la Luna en un risueño
hipógrifo que vuela más seguro.

Éste es Orlando, y éste es Brandimarte,
y estos que veis, Angélica y Medoro,
y éste es el sueño que fabrica el Arte.

No pidáis más. Sonrisa en el decoro,
aprendizaje de la Fantasía
absoluta. Invención de la Alegría.

EN AREZZO, RECORDANDO EL SONETO DEL ALIGHIERI A GUIDO CAVALCANTI

«GUIDO, i vorrei che tu, e Lapo, ed ío
fossimo presi per incantamento...»
¿proseguiré, poeta? Sopla el viento
sobre el velamen del recuerdo mío.

Arezzo en sombra: el soportal vacío
espera el aura del Renacimiento,
y yo veo pasar tu pensamiento
como pasan las aguas de tu río.

¿Y Monna Vanna e Monna Lagia? Espera,
déjame descansar en mi carrera,
pájaro de la nieve del pasado...

Déjame que te diga, Dante amigo,
que esta noche, en Arezzo, estoy contigo,
maravillosamente emocionado.

EN EL CANAL DEL BRENTA, QUE UNE VENECIA Y PADUA

NAVEGARAS la véneta Laguna
y darás al olvido sus cristales;
del Brenta sigue luces y canales,
girándula de flor, estrella y luna.

Enhébrate en su luz. Una por una
mira como voltean las señales,
y ve rodar siluetas palaciales
como rueda en su rueda la Fortuna.

Mira qué dulce aplomo, qué sosiego
emana de las cúpulas redondas
hacia el alto ciprés incandescente;

y ve el sauce en desmayo sobre el fuego,
sobre el incendio de oro de sus frondas,
dormido en el rumor de la corriente.

SONETOS DE LA EUROPA DEL ESTE

EN EL MUSEO DE AMSTERDAM ANTE UN CUADRO DE SOLDADOS

INCENDIA el tulipán su melodía
junto al canal tranquilo. Yo navego
la fantasía azul, por donde llego
con campanas de plata y alegría.

Burgomaestre amigo, ¿todavía
recuerdas el fragor de nuestro fuego
cuando la turbia guerra puso en juego
nuestra viva y mortal artillería?

Descansa en paz con tus arcabuceros
que ballestas, y espadas solicitan.
Ha sonado el final toque de queda.

El mundo se ha quedado sin luceros.
Ni las estrellas en lo azul crepitan,
ni Spínola podrá llegar a Breda.

3 — 3563

EN COLONIA AL PIE DE LA CATEDRAL

ESTE río que sube ¿no es la espada
de Roma que sus términos domina?
La fronda de Germania se ilumina
con esa luz al norte derramada.

Aquí donde la norma concertada
la balanza y el rito determina
nace Europa en el punto en que termina
la nebulosa selva desflorada.

Los caballos de César, galopando
sobre las duras piedras pedernales
abren la ruta a Cristo, edificando

torres de poderosas catedrales.
La espuela frena, el ímpetu se doma.
Al terminar, toda la historia es Roma.

EN HEIDELBERG DESDE EL CASTILLO MIENTRAS CAE LA TARDE

LA piedra que se engasta en fronda oscura
crea la maravilla luminosa
donde su rosa se convierte en rosa
y su equilibrio en flor de arquitectura.

Cae la tarde, cede a la insegura
nube que se distiende vaporosa
cuando el aire se vuelve mariposa
y una pavesa pálida fulgura.

Callejuela perdida, laberinto
taberna de estudiantes, canción triste
perdida en un rincón de su recinto,

recordarás que un día aquí me viste;
un día azul de una pequeña historia,
Heidelberg, diluida en mi memoria.

EN BUDAPEST, SOBRE EL DANUBIO, RECORDANDO A GARCILASO

ALZAS tu luz, cernida en otoñales
melancolías de esplendor perdido
para que el río, ya de amor rendido,
desdoble tu belleza en sus cristales.

Si el terrible mongol lanzó mortales
flechas sobre tu miedo estremecido,
levantó, triunfador contra el olvido,
San Esteban de Hungría, catedrales.

El bucle del Danubio, peregrino,
crucifica en los puentes su destino,
allí donde soñaba Garcilaso,

donde tantos hallaron sepultura...
Y yo, español perdido en la llanura,
voy sintiendo su sombra paso a paso.

EN MOSCÚ, BAJO LAS MURALLAS DEL KREMLIN

LA tienda de campaña en piedra dura
se torna y se levanta y endurece
y el tétrico mongol que en furia crece
se estrella en el fulgor de su armadura.

Defendida en su nieve la llanura
oculta la ciudad, la desvanece,
pero despierta, férvida, en sus trece
oponiendo al peligro la bravura.

Aquí sobre estos muros escarlata
se rompieron las lanzas invasoras
o naufragaron en la fría plata

del Moscova y sus ondas protectoras.
Aquí ante el enemigo en furia, ciego,
se prefirió morir a sangre y fuego.

EN LENINGRADO, RECORDANDO SU MARTIRIO EN LA ÚLTIMA GUERRA

LENINGRADO me ofrece, junto al Neva
sus acuarelas pálidas de invierno
ocre, amarillo, rosa, verde tierno
que el agua, columpiándolas, se lleva.

Esplendor de la historia, estatuas vivas,
vencedoras del llanto y de la guerra
va esparciendo en el centro de la tierra
su corona triunfal de siemprevivas.

Cae la tarde, suena una lejana
sonata, se alza en vilo y palidece
el sol que en el tramonto se desgrana;

el Obelisco del recuerdo crece
en una eterna voluntad de altura:
los muertos hacen buena sembradura.

SONETOS DE LOS CONFINES

EN EL REMOTO TADCHIKISTÁN ASIÁTICO, ENTRE TURBINAS

LA cúpula, la torre, el alto muro:
ramayanas de piedra; capitanes;
Samarcandas de sueño; talismanes,
¿dónde vi alguna vez su perfil puro?

Rutas de Marco Polo, polvorosas,
cabalgatas de hirsutos tamerlanes,
caligrafían en sus tafetanes
los poemas de Saadi y de sus rosas.

Remotísima gente, mi pupila
atónita contempla vuestro paso
en esta tarde que en azul titila

bordada en la cenefa del ocaso.
Un paraíso de crujientes sedas
naufragado entre máquinas y ruedas.

IMPROMPTU EN LUXOR AL ATARDECER

EL palmeral dibuja un enrejado
sobre el diamante de la tarde en vilo.
Ni esfinges, ni pirámides. El Nilo
nada más, anchuroso y sosegado.

Navega —¿esquía? ¿vuela?— en el sigilo
la navecilla, pájaro arrobado
por el espejo caminante alado
donde cae el crepúsculo tranquilo.

Caravanas de lentos dromedarios
avanzan oscilantes por la arena
que cubre los sepulcros milenarios.

Atónita la tarde se enajena.
No hay relojes, no hay tiempo. Solamente
el gotear del agua en una fuente.

EN LA IGLESIA DEL CUZCO, ANTE LA PINTURA QUE MUESTRA LOS DESPOSORIOS ENTRE UNA PRINCESA INCA Y UN CAPITAN ESPAÑOL

LA Cordillera Andina nos presenta
frisos de corazones invertidos;
Macchu Picchu, los héroes caídos;
la quena, melancólica, lo cuenta.

La indiada silenciosa y macilenta
se duerme en los pretéritos perdidos...
Y en la Plaza de Armas hay gemidos
de una oración que se desgrana, lenta.

Mientras el aire fino de la altura
prende mi corazón por la cintura
y lo alza, triunfador, sobre lo inerte,

la ñusta inca y el doncel cristiano
se entregan, entregándose las manos,
símbolo del amor, a vida y muerte.

2

POEMAS EN EL MAR DE GRECIA *

* *La primera edición de este libro se publicó en Salamanca, colección Álamo,* 1973. *Segunda edición.*

... de tus islas, de las florecientes, ninguna
se ha perdido todavía.
Creta se yergue y Salamina verdea,
alboreada de laureles;
florecida de rayos, levanta Delos a la hora
del amanecer, entusiasmada su cabeza;
Tenos y Chíos abundan en frutos purpúreos;
de las embriagadas colinas
mana el vino de Chipre, y en Calauria
se precipitan
arroyos de plata, como entonces, en las
viejas aguas del padre.
Todas ellas viven todavía, las madres de los héroes
las islas, floreciendo de año en año...

HÖLDERLIN: *El Archipiélago*

(trad. Luis Díez del Corral)

GRECIA

A Esther de Andreis

LLEGADA AL MILAGRO

Sûnion, t'evocaré de lluny amb un crit d'alegria.

CARLES RIBA

CANTO a Sunion, columna votiva,
celeste centauro del mar cabalgando oleajes
mostrando el camino de luz de la diosa Afrodita,
señalando el feroz laberinto donde Ariadna
conduce sus hilos de niebla.

¡Oh minotauro difícil! ¡Oh monstruo de siete
terribles cabezas que sólo Teseo podría
vencer, una vez que la diosa
benigna le entregue su antorcha!
Entender es preciso;
comprender, necesario; atreverse, luchar. Somos
límite.

ORACIÓN

OTRA vez, madre Grecia, me acojo a tus cúpulas,
fidelísimo a luces otrora aprendidas
olvidadas jamás, mantenidas en vilo
cual la audaz geometría que rige y gobierna
el frontón imperial de tus piedras doradas
la total majestad de columnas ingrávidas
que los siglos mantienen en gloria constante.

La palabra es el arte, bajo nubes de plata;
es el verbo del logos, la perfecta sapiencia
del hombre capaz de regir sus destinos
con la voz razonante que inserta
la armonía del alma en la rueda del Cosmos.

Es así, tu lección, aprendida bandera
que se alza en la mente que rige tranquila
mi pluma en absoluto homenaje.

U-TOPIA

¿FLORECE Jonia? Sobre el mar, las Cícladas
¿espolvorean pétalos de rosa? ¿Hay ninfas
que se ocultan en los acantilados de cal amarfilada?
¿Ha llegado el milagro? Aquiles redivivo,
peina el mar con los remos rezumantes
oyendo el relinchar de los caballos
que en Troya hacen temblar los campamentos...
¿Es hoy? ¿Es antes? ¿Nunca? ¿Todavía?
¿Pretérito? ¿Presente? ¿Porvenir
no nacido, pensable, como un sueño?
Clepsidras y relojes ¿no han muerto en la
palabra del hombre que, al decirla, permanece en lo eterno?

¿No está Sócrates, viviendo entre nosotros?
¿No estremece la trompa militar de Esquilo?
Los teatros vacíos, ¿no se llenan
de pronto de las sombras augustas portadoras de máscaras?

¿No ha estallado la risa de Aristófanes
en la constelación de las plateas?
Geografía concreta de lo eterno
navegada por almas sin cadenas ni brújulas,
sin esferas contadoras de horizontes
sin anécdotas mínimas de almanaques pequeños,
Geografía sin mapas que dibujen, preciosos,
eslabones de horas y temblor de los límites.

U-CRONIA

¿ES la Acrópolis, tensa, igual a sí misma,
colmada de luz, repitiendo la inmensa
lección a las gentes del mundo? ¿O es su
imagen, repetida en la mente que sueña
la perfecta alegría del Cosmos? Atenas
¿ha existido jamás? ¿O es el sueño del
hombre, dibujado en un monte de olivos
donde el ave que place a Minerva, contempla
con sus ojos redondos la verdad última,
la idea radical de las cosas en torno?
La alegría del ser, ¿no está en las Cariátides,
vertical, sosteniendo la verdad de los mármoles?
El vivir de consuno, ¿no está en la teoría
danzante de las Panateneas? ¿No son
los pórticos, la apertura del tiempo en los
siglos? ¿No hay, al desangrarse la tarde
sobre los propíleos del color de la rosa,
algo así como la signatura del hombre
razonante, la prodigiosa perfección del logos?

Volver a Atenas revisando la Historia.

RECUERDO DE ATENAS

PARTENÓN soleado de mármoles augustos
mostrando la perfecta precisión de la rosa,
emergiendo al verdor de los cipreses
del contorno feliz del Licabeto. La sagrada
sombra platónica del Academo,
prados donde murmuran las aguas de la Idea
recorriendo el silencio del olivo
bajo la imagen casta de Minerva.

CIPRESES, COLUMNAS

¡CIPRESES! Enhiestas columnas de Acrópolis verdes
levantan en lunas de plata sus cálices altos,
sus nobles penachos, sus ansias de altura, en mármoles
antiguos tatuados de música, doblando
en la historia reflejos innúmeros, ecos de gloria.
Adelfas de fuego enardecen el aire
bordando los nobles caminos que al culmen conducen.

CANTATA POR LA LIBERTAD DE OCCIDENTE

VEN, retórica antigua, de nuevo, tu noble
cadencia sostiene mi canto, la ardiente palabra
que dice en el mar, la arrogante y feliz esperanza.
Pues ahora de nuevo como hace milenios la
torva amenaza se cierne ante el hombre
y los persas de nuevo caminan terribles alzando
banderas de fuego
y Salamina se debe aprestar al combate
con sus naves ligeras
y el campo de armas en haz Maratón apresura
y las madres de Grecia ya gritan sintiendo el peligro
¿hacia dónde la luz, hacia dónde la fuerza
que exacta asegure la libre apostura?
¿No aprendimos de ti la hermosura feliz de ser
hombre?
¿No canta el compás tu geométrica ruta que señala
el sentir de occidente, libertad proclamando?
Los templos, ¿no son columnatas de fuego
que sostienen la fe en la misión de ser libre?
Las espadas, ¿no aprestan los filos presintiendo
la lucha?
Tres milenios ¿son algo en presencia del noble

mensaje que Grecia ha dejado? ¿No olvida Sócrates el tañer
de la flauta antes que beba el veneno terrible? La lección
admirable ¿no enseña de nuevo la digna
majestad de lo augusto? Maratón, Salamina, Occidente.
Libertad. Libertad. Libertad.

MAR

Oyó el ruido del mar al lanzarse
y batir los peñascos.

HOMERO, *Odisea*

MEDITERRÁNEO

La mer, la mer, toujours recommencée.

PAUL VALERY

SIEMPRE igual a ti mismo. Recomenzando
siempre, impávido en tu ola, repitiendo
la bordadura rubia de tus playas.
Lección de permanencia fluctuante,
móvil e imperturbable, mar perfecto
catedrático en luz de horizontales,
almacenando nácares y espumas,
y la curva expresión de tus delfines,
arcos de plata sobre tus topacios,
sobresaltando al juego de tus ondas,
Mediterráneo del amor y el mito.

DELFINES

¿ATRAPAR los delfines combados que brillan
bajo el sol tal la ardiente llamarada
que enciende oleajes de púrpura y oro?
¿o seguir por la homérica ruta donde el mar sus
campos de plata
establece en la gloria del día los pindáricos juegos
donde el sol y la antorcha suprema son regalo del
héroe?

MAR-ESPEJO

ALGAS, medusas, cabelleras flotantes
en el cristal movible de las aguas,
alzan trémulas voces de misterio,
fondo terrible de los mares oscuros
donde las esmeraldas agravan sus colores
y los espejos se hacen galerías fugaces
donde ciudades trémulas repiten vagamente
arquitecturas que brotan mar arriba
donde la luz es perfecta geometría
claridades rotundas y verdad evidente.

CUADERNO DE BITACORA

¿SE han parado las altas gaviotas
junto a los mástiles balanceantes
planeando en la atónita alegría
de la embriaguez al aire que las lleva
suspendidas en la luminosa
cristalería de la luz solar?
¿O es que somos nosotros los que
prendidos de su vuelo, navegamos azul
hasta creernos
partícipes de la maravillosa
luz que nos suspende sobre el mundo?

LABERINTO DE AZULES

LABERINTO de azules, capitán, ¿hacia dónde navega el ademán de la fortuna? Esta tierra ¿existe en nuestros mapas? Invención es sin duda. No sé; nada sabemos, pero hay ciudades de oro que decoran las cumbres del ensueño irradiando testimonios de luz en la huella del tiempo.

RAYOS DE LUZ, DELFINES...

RAYOS de luz, delfines. Navegamos.
Plata en azur, estela. Gaviotas,
dibujando celestes geometrías. Mástiles
en el cielo, repitiendo en el aire
el ritmo de las quillas. Corazón, oleaje.
Horizonte final, amurallada
ciudad de minaretes, cúpulas,
oriente y occidente, en bordadura
de cipreses y acacias. Plazuelas íntimas
donde viejos marinos, infatigablemente
cuentan navegaciones. Grito final. Amor,
catástrofe. Llegada. Se ha terminado el sueño.

ODYSEUS

ULISES HABLA

«FELIZ, quien como Ulises...» La celeste
criatura de Homero, entreabriendo los párpados,
desde la eternidad, me dice:

«—Hijo,
las tempestades baten mi corazón. Más que el peligro
más que Escila y Caribdis, me atormenta
el oleaje del amor, el riesgo innúmero
de la entrega del alma, traicionándome.
Más que el terror del monstruo Polifemo,
los ojos verdes de la maga Circe
y esa dulce mirada adolescente
con que Nausica me esperaba. Al fondo,
en la sombra final de mi recuerdo,
la tenaz compañía de Penélope
rehaciendo la túnica en la noche
para recomenzarla, como nuestro amor
que se iniciaba en flor cada mañana.»

Esta dulce fatiga cantó Homero.
Y yo no fui feliz sino diez años
después de navegar entre torturas
y alcancé a divisar los muros de Ítaca.

¿Lesbos? ¿Chíos? ¿Tinos? ¿Mitilene?
¿Cuya es la luz de la silueta de ópalo
acostada en el mar de los topacios? ¿Hacia dónde
las diosas han huido? ¿En qué recónditas
rocas marinas cantan las sirenas? Ulises
soy, con ojos desvendados; soy tal, que ni siquiera
el canto escucho de las sombras frágiles,
disueltas en la azul cristalería
de unas aguas sin tregua que se ofrecen
ante la proa masculina, que abre
el mar en que viajo con mi sueño.

Sí. Ríe el mar, viejo Homero. Innumerable
risa en crestería de olas, tú dijiste. Yo,
navegando, treinta siglos más joven, todavía
percibo el sonreír marino, la salada alegría
de las olas de un mar para toda
la eternidad recién nacido.

¿Esperará Nausica, rubia playa,
blanca de sal, de sol, al Viajero? ¿Encalará
su casa pescadora para las nupcias del recién llegado?

Escapo de mis libros hacia la vida. Dejo
que la letra quede detrás de mí, desfalleciendo,
para no ser sino un lejano símbolo
que la carne y la sangre que me esperan
conviertan en la sombra de la Nada.

RETORNO A ÍTACA

TODO nuestro existir es un eterno
retorno a Ítaca, a la secreta, vital, originaria
ternura de Penélope, que es a un mismo tiempo
fuego de entraña, radical presencia,
cordón umbilical que nos enlaza
a la Madre.

Nuestras navegaciones
entre las islas del amor y el pánico,
tejen la trama de nuestras existencias,
como la esposa-madre urde su túnica.

Penélope es eterna. Nos llama a su regazo,
es la seguridad estricta del retorno,
la clave de existir de los insomnios
tenaces del errático Odiseo.

Roca en el tiempo, es la razón de ser que imanta
la temblorosa brújula
que desconcierta el juego del Destino
como atrae y conjura,
desde la tenebrosa ordenación del hado
la peripecia de la vida humana.

Todo está en el tejido de Penélope.

CUADERNILLO DE DELOS

PRESENCIA

¡IMPERIO de los mármoles! Paros, Linos,
todas las Cícladas, nieve petrificada
con venillas azules, ofreciendo
la blanca lápida al elogio insigne,
la dulce arquitectura de Afrodita,
la vertical seguridad de Apolo
la imperturbable majestad del Orden.

MEDITACIÓN EN LAS RUINAS

Entre escombros, hoy, bárbaro
redento, vivo.

RAMÓN DE BASTERRA

ÉSTA es la huella, sí.
Derribada columna
frontón partido, muro derrocado,
lápida con un nombre indescifrable,
rescoldo oscuro de una llama ignota,
¿cuándo? ¿cómo? ¿por qué? La abejeante
humanidad, aquí, procreó un día,
vivió, creció, murió, fue sucedida,
dejó de ser, trazó una débil huella.
Contemplamos ceniza de esperanza,
la pavesa de un sueño, la ficción de la gloria
—ese arco impávido— la terrible
seguridad de la muerte, que otro día
convertirá en espectáculo de ruina
el juego existencial de nuestra vida
desdoblada en la sombra, en el espejo
mismo en el que hoy lo contemplamos.

ESTALLIDO DE VIDA

APOLO redivivo en columnata
de mármoles, guardados por leones de silencio,
bajo un friso marino de delfines y áncoras,
alza su vertical seguridad divina
sobre la roca inmarcesible, junto a la mar-espejo
donde se doblan las siluetas de las islas
duplicando el milagro de su estricta hermosura.
Panteras dionisíacas rugen en los mosaicos
devorando las víctimas propiciatorias de la fiebre
encendida, mientras los altares de Zeus
alzan la jerarquía poderosa del rayo.
Decapitadas máscaras, en el teatro en ruina
cantan la voz de Esquilo resonando en el tiempo
y una palmera envía el dulzor de sus dátiles,
el polen que, volando, fructifica.
De pronto, entre las ruinas calcinadas de sol,
la carcajada pánica, el monumento al Sexo,
la explosión de la vida.
Diónisos, Pan mismo,
levantándose gritando su alegría
germinal sobre las sepulturas.
La Vida y su *renuevo*
al son de flauta y lira,
contorsionado en danza, en epilepsia

orgiástica, cantando amor,
sintiendo cómo crece la semilla
que tercamente sube
a reclamar bravía,
continuidad al mundo;
la total maravilla
la absoluta verdad
de la existencia misma.

Contemplo entre sepulcros
la legendaria y mítica
potencia genesíaca del toro,
la cantata coral de la vendimia,
la cópula brutal de los machos cabríos
la explosión de la rosa y de la espiga.

El amor como fruto,
y el derecho a la Vida.

CUADERNILLO DE MYCONOS

PLENITUD

ISLAS, nácares, flor, pues ¿hacia dónde
pétalo azul, jazmín de ensueño, Afrodita,
luz de luz? Las aves alzan órbitas
ígneas, arduas curvas lúcidas, altas
ramas curvas sobre el cielo. Todo es perfecto.
Todo es exacto. Todo es sol. Mediodía.

LLEGADA A MYCONOS

PALOMAR sorprendido en el mar de las Cícladas
Myconos se arrebuja de sus calles blanquísimas,
bajo las cúpulas verdes y rojas de las iglesias
minúsculas; bajo la volteadora cruz de sus molinos.
Navegantes dormidos sueñan bajo los astros,
paraísos de calma, se hacen luz de salinas,
tafetanes de nieve bajo el sol del estío,
historia adormecida de piratas de fuego
que acechan en los altos balcones de madera
la media luna turquesca, o berberisca,
flameando sobre tornasolados damascos
velámenes de orgullo que amenazando a Roma
trazan largas y trágicas historias de cuchillos.

CUADERNILLO DE ÉFESO

YO SERÍA YO

EL fuego blanco de los mármoles
traza sus geometrías
exactas de hermosura;
la perfección vertical
de la columna;
la seguridad
de la altura;
la fortuna
de ser hermosura;
lección de historia
única.

Yo sería yo
y mi blanca túnica
de hombre de la Hélade
que rezuma
fidelidad al Logos.
A pesar de las ruinas.

EVOCACIÓN DE LA VIRGEN EN ÉFESO

EVOCARÉ, en Éfeso, la vejez de María la Virgen, cuando,
bajo las cúpulas de las primeras criptas,
los Discípulos se reunían en torno a la Madre,
para orar juntos al Hijo Resucitado, esperando
la llegada del Pentecostés prometido. En tanto
centuriones fornidos cabalgaban avenidas de mármol
camino del Teatro, o del ágora ruidosa,
o del estadio que veía el triunfo de los jinetes
o la sangrienta victoria de los gladiadores.
María, la dulcísima anciana, en su casa minúscula,
recibiría, al caer de la tarde, a la sombra de los olivos,
el pequeño enjambre de los creyentes en Cristo,
al margen de las glorias y los triunfos de Roma.

Y su oración, personalísima, empezaba:
—*Hijo Nuestro que estás en los Cielos...*

EPIGRAMMATA

EL palacio de la Biblioteca está arruinado;
pero los libros que existieron, viven.

Pablo de Tarso, expulsado por los orfebres de
Artemisa:
siempre la fe distante de los acuñadores de me-
dallas.

Un arco para Adriano, perdonador de impues-
tos,
he aquí un monumento a la demagogia.

Burdel de cuatro pisos. Los mosaicos explican
que las bacantes (si estaban vacantes) bailaban.

Los siglos sabiamente han corregido
las estatuas que un día fueron polícromas
dejándolas en la sabia castidad del mármol.

CUADERNILLO DE PATMOS

EVOCACIÓN DE JUAN EVANGELISTA

¿BLANCO en lo blanco? ¿Relámpago
ante la luz del sol? ¿Trueno en la altura?
¿Como una nube violeta en la plenitud del día?
¿Qué misteriosa voz dictó el Apocalipsis? ¿Qué treno
soterraño se erizó en amenazas? Éste
es Juan, el Amigo de Cristo. Patmos le espera,
en la encastillada seguridad de su roca,
en la honda gruta de las Revelaciones. Éste es Juan
y en el principio fue «su» Verbo. Su premonición
del Monstruo y de la Bestia, de los
Siete Candelabros de oro en las ciudades recónditas.
Desciende su palabra sobre
los seguidores de Cristo, más allá de los velos y de las cosas,
más allá de la verdad y el Misterio.
Los cirios,
luminarias votivas, consumen el aceite

bajo las cúpulas uniformes,
como los ritos mantienen la unidad del griego
litúrgico,
la imperturbable presencia de la Promesa
del que resucitó al tercer día, mientras, en torno
se quiebran las seguridades, y los muros augustos
muestran la grieta que alcanza ya a los cimientos.
Pero la Cruz de Bizancio está en pie todavía.

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

IN principio erat Verbum. La palabra del hombre
articulada en sílabas, en el aire sonando.
La magia de un sonido capaz de levantar
bandadas de figuras en la mente. El misterio
por el cual, «árbol», «rosa», «muchacha» son señales
que montan en el aire, el perfil de las cosas.
La palabra inventando la realidad del mundo.
Paseo por las calles de Atenas, en la Acrópolis,
abejeante de terrazas de sombra donde innúmeras
gentes cruzan voces e ideas, los verbos y adjetivos,
y esa maravillosa luz con la que el nombre
va creando cada día la verdad del objeto.

En estas mismas calles, bajo árboles como éstos,
Sócrates, descubrió la razón por el Diálogo.
Platón divino hizo mental arquitectura
de ideas que desde hace dos mil quinientos años
alumbran la raíz más profunda del mundo.

Peregrino menor, conductor de palabras,
yo también, genuflexo el espíritu, evoco
bajo el cielo clemente de la Grecia, exultante
de luz, la Palabra del hombre, construyendo las cosas.

EL NAVÍO ZARPA DE LA ISLA

EL barco, todo luces y banderas,
va saliendo a la noche marina,
dejando atrás la isla silenciosa,
la soledad pequeña de las gentes
jugándose un azar sin esperanza.

Navegamos, dejando
estelas de silencio en lo oscuro,
bajo la luz remota, en lo alto,
del Monasterio de San Juan Teólogo,
que vela la dormida blancura de las casas
como si fuera el Ángel de la Noche.

CUADERNILLO DE RODAS

EN LOS BASTIONES

Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

FEDERICO GARCÍA LORCA

ESTOY en el bastión del castillo roquero,
jaramago amarillo, romero azul, decidme,
armaduras vacías, ensangrentados cascos,
polvorientas espadas, escudos abollados, decidme,
¿dónde los capitanes? ¿dónde los caballeros
que en las nueve lenguas de Europa
gritaban en los bastiones su fidelidad a Cristo?
Un horizonte de voces desvanecidas alza
el recuerdo feroz de la piratería
cuando el castillo de San Juan de Rodas
alzaba sus banderas incólumes, defendiendo
el mar azul de la sonrisa innúmera.

AMARRADO AL DURO BANCO

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca.

GÓNGORA

¿NAVEGARÍAN, aquí mismo, trágicos galeotes,
criaturas de Cristo al remo condenados?
Pasarían, gimiendo, junto a los bastiones,
frente a las fuertes murallas del castillo de Rodas,
contemplando las cruces bizantinas, los templos,
los monasterios recónditos decorados de cal,
los cipreses junto a las tumbas, como oraciones.
Contemplo, desde las bravías cimas de Lindos,
en la Isla de las Rosas, el mar inmemorable
desde donde se avizoraban galeras turquescas
y pienso en nuestro mar como una encrucijada
en la que cada espada tiene enfrente a un alfanje.

EL VIAJERO RECUERDA SU PRIMERA VISITA A LA JUDERÍA DE RODAS

Este que ya no soy y soy yo mismo
(mil novecientos treinta y tres)
caminando la judería
de Rodas al atardecer
—*¿Tú querés cantigas viejas?*
Mazaltó de Jacob Israel
sabe consejos y romances
Mazaltó de Jacob Israel.
Como una dama de Castilla
Mazaltó de Jacob Israel
—*Se pone negra mi memoria*
(Mazaltó de Jacob Israel)
—*Se borraron mis palabras,*
pero mi canto cantaré.

Tres palomas van volando
para el palacio del Rey
vola la una, vola la otra,
ya volaron todas las tres.

Cae la tarde prodigiosa
con su cortina rosicler

7 — 3563

Aposan en un castío
el castío de oro es.

Para el descanso de la hora
traen el agua y la miel.
—Cuando yo era mancebica
me enamoraba una vez
de un mancebico como tú
¡Buena doncella que topés!
—¡Altas venturas que tengás
Mazaltó de Jacob Israel!

Ahora he vuelto preguntando
¿Mazaltó de Jacob Israel?
La judería está desierta
hay acíbar donde hubo miel.
Vinieron bárbaros del norte
Mazaltó de Jacob Israel.
Los crematorios de Alemania
consumieron toda la grey.

Soy un fantasma de mí mismo
recordando un atardecer
en la judería de Rodas,
mil novecientos treinta y tres.
Las canciones se han apagado,
Mazaltó de Jacob Israel.
Se ha puesto negra mi memoria
de las lágrimas y la hiel.
Pero yo guardo tu recuerdo
Mazaltó de Jacob Israel.

EN EL CASTILLO DE PYRGOS

Granados en cielo azul...

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

GRANADOS. Cielo azul. Sobre las blancas geometrías
de mármol, canta el verde
sobre el fondo marino que recorta el castillo
que cierra su guardia ante la piratería.

¡Explosión de las rosas! Los incendios polícromos
aseguran la fiesta de los ojos, que asómbranse
registrando la luz que nos cierra los párpados.

CUADERNILLO DE SANTORÍN

ASOMBRO

EN el mar lapislázuli ¿qué extraña gema,
qué cambiante joya se engasta?
Vivo azabache, pálida esmeralda, desmayado topacio,
agresivo rubí, ¿no están presentes en la vertiginosa
vertical, alzada a plomo sobre la claridad marina?
Y sobre ella, ¿no ha nevado la geometría
de las esferas, de las cúpulas, de los paralepípedos
de las mansiones, con su rotunda claridad?
Palomar de la altura, bandera que avizora
la inmensidad, ¿qué regalo de luz
tenías preparado, feliz, para sorprender al Viajero?
¿de dónde, mar misterioso,
de qué profunda sima, de qué cráter remoto
sacaste esta soledad perfecta, cima
de la más nívea claridad, te quedas
multicolor y unánime, prendida
en la memoria fiel del peregrino?

EN EL MONASTERIO DE SANTORÍN

EL triple campanile lanza
a voltear, alegre, sus metales,
porque ha llegado el viajero.
Pastorea la torre la piedad de la isla,
en donde el viejo epíscopo de barbas torrenciales,
ébano, no, ya nieve desatada,
bendice la piedad de los creyentes.
En el sonoro griego de Crisóstomo y de Pablo
la cantada oración congrega al caminante
ante el altar prolífico, bajo
las lámparas. Y un breve cirio ofrece
que añade resplandores
al reflejo de los oros gastados
de los viejos iconos bizantinos.

El viajero se siente acompañado de la paz de Cristo
mientras desciende al poblado restallante
de cal, lujo del pobre, mostrando el decoroso
modo de una existencia todavía
sometida a las normas del Espíritu.

ROMANCE INFORMAL DEL VIAJERO

CABALLERO en su asnillo blanco,
el poeta llega a Santorín;
la rampa abrupta va enroscándose
como en un tornillo sin fin;
son cuatrocientos escalones
de la esmeralda hasta el añil,
de mar a cielo; es como un júbilo
que va creciendo hasta el cenit.
Tenaz y humilde el borriquillo
lleva su carga sin sentir,
y el poeta se siente como
en un bíblico devenir.
Arre, arre, borriquillo
arriba está el campanil
el alcanfor de la alegría,
la cal brillante del vivir,
el pueblecito encastillado
en la altitud de Santorín.
Llévame arriba, borriquillo
traigo azúcares para ti,
tan dulces como mi alegría
por haber llegado hasta aquí.

CUADERNILLO DE CRETA

EN EL PEQUEÑO TEATRO

LA gradería rígida,
la escena es un rectángulo
(todavía no ha salido
redondo el espectáculo)
Pero en este pequeño
teatro,
las criaturas de Esquilo, de Shakespeare,
de Pirandello
ya están ahí, esperando.

TAUROMAQUIA PRIMERA

UN quiebro de cintura
basta para burlarse de la muerte:
hay que agarrar el toro por los cuernos.

Lo demás, lo da hecho, la inocente,
la ciega furia del astado.

EL LABERINTO DE CRETA

NO hay victoria sin lauro.
El hombre que hay en el centauro
gobierna el animal y su deseo.
La historia empieza el día en que Teseo
consigue dominar al Minotauro.

EL HILO DE ARIADNA

SÓLO en el laberinto de Cnosos
he aprendido a conciencia
el nombre del hilo de Ariadna:
se llama Inteligencia.

CONTEMPLACIÓN DEL HOMBRE

EGIPTO envía a Creta sus perfiles
de atónitas medallas.
Sólo Grecia ha enseñado
a contemplar al hombre cara a cara.

EL PRÍNCIPE DE LAS FLORES DE LIS

PRIMER dandy en la historia. Ya tu belleza andrógina
reparte por el mundo su aroma deletéreo.

VEJAMEN DE ARQUEÓLOGOS

SI el palacio de Minos
se trazó de otro modo,
¿no habría que inventar, de verdad, otra historia?

RECUERDO DE EL GRECO

LUZ crepitante del África cercana,
¿no es la misma que arde en los cirios
de los cuadros del Greco?

CUADERNILLO DE HYDRA *

* *A partir de este «cuadernillo», se incluyen poemas que no figuraban en la primera edición de mis «Poemas en el mar de Grecia».*

CREPÚSCULO EN EL EGEO

LA esfera incandescente
se va hundiendo en la línea
horizontal del agua,
chirriante al contacto
—¿o eran las gaviotas?—
del incendio del cielo.

La hemorragia del día
tiñe el aire de púrpura
y ensangrienta la mar.

Es hora. Lentamente
la soberana bóveda
del cielo se desmaya
en la sombra violeta
de la tarde que muere.

Una vela latina
flamea en el ocaso,
y en lo alto una nube
enciende una luz roja.
El sol nos dice adiós.

Pero ya hay una estrella.

ATARDECER EN EL PUERTO

PRISIONERA en sí misma,
blanca de cal y luna,
la ciudad se escalona
en torno del espejo
hecho de agua de mar.
Sobre ese mar de aceite
se desmaya la tarde.
El pescador de esponjas
cuenta historias antiguas.
La silueta de un pope
negro sobre lo blanco
del muro de alcanfor
se recorta en el patio
bajo las galerías
cerradas. Los iconos
iluminan la sombra.
Llegan las barcas últimas
de bermellón y azul,
y en el castillo, en alto
cañones de juguete
disparan fantasías
de historias de corsarios.
Se respira silencio,
y el vuelo de las aves
decora el horizonte.
Calma en tierra, en el aire.
Me quedaría aquí,
sumergido en silencio,
junto a esas galerías
donde la vida rueda;
me quedaría aquí
en un cristal de ensueño,

caminando despacio
para que mis pisadas
no rompieran la flor
de estática dulzura
que rezuma a la hora
en que cae la tarde.

En la hora suavísima
en que vemos que toda
la belleza del mundo
se concentra en un átomo.

Plenitud. Poesía.

A UN MOLINO, EN LA BAHÍA DE HYDRA

ASPAS en una cruz
crucificando el aire,
¿qué insólita alegría
os mantiene en el éxtasis
del silencio tranquilo
que asegura la gracia?
Molino que no muele
¿qué trigo volverás
en harina blanquísima?
¿O fabricas la nieve
de las casas de cal
para que hagan imagen
en el cristal marino?
¿O dibujas el lirio
de un pintor que te sueña
para inventar la vida?

Deja que yo contemple
desde mi breve esquife
lo que sin darte cuenta
eres en este instante:
proyecto de hermosura
callado interrogante
en exacto límite
de un paraíso cierto.

CUADERNILLO DE ÉGINA

NAVEGANDO ANTE LA ISLA DE POROS

EL navío se enhebra
entre las esmeraldas
de las pequeñas islas.
Ya no te pido más,
día, tarde, crepúsculo,
que esa cristalizada
perfección de tu rosa.

Dime que sí, que existes,
de modo que despierte
de mi sueño creyendo
que todo era verdad.

EN LA BAHÍA DE ÉGINA

LA tarde se ha parado,
lapislázuli puro,
disuelta en tus cristales,
¿quién pintaría ahora
con colores más bellos?

Perfección de lo eterno
reposa en el instante
detenido que tiene
el corazón en vilo...

Si no fuera esa vela
triangular que vibra
sobre la ola tensa,
sobre el silencio límpido,
podríamos creer
que vivimos un sueño
paralizado donde
todo se transfigura
¡perfección imposible!
en una permanente
realidad más alta.

JUNTO AL TEMPLO DE LA ISLA DE ÉGINA QUE CONMEMORA LA DERROTA DE LOS PERSAS

CRISTALINA presencia, las columnas votivas
sostienen en lo alto los signos del recuerdo.

Si Platea es el fuego, Salamina es la llama.
Desde aquí se verían navegar, incendiados,
los navíos de guerra, los vencidos en fuga,
y se oirían los gritos del orgulloso Persa...

Los niños, los ancianos de Atenas, escondidos,
que esperaban temblando la temida catástrofe
bajaban a la playa del refugio marino
levantaban, gozosos, las miradas al cielo
prometiendo dejar testimonio indeleble
del prodigio admirable.

Yo también,
en la playa, quiero dar testimonio.
Un gran pájaro vuela sobre pinos augustos;
una gran soledad va esculpiendo la historia
y hay un silencio cósmico sobre la piedra inmóvil.
Y hay unos hombres libres que inauguran la vida.

CUADERNILLO DE ATENAS

NAVEGANDO EL GOLFO SARÓNICO

GAVIOTAS en fuga
despliegan su bandera
sobre el mástil de luz
que coronan las islas.

Cada roca desnuda
nos dice que no existe
la horizontal del agua.

Sólo existe una imagen
de cielos invertidos
en un silencio cósmico
de extática alegría.

EL PIREO QUEDA ATRÁS

LAS hélices ofrecen
rosas blancas de espuma
a la Ciudad que queda
al pie del Licabeto
bajo la guarda augusta
de la sagrada Acrópolis.

Los muelles se adelantan
como brazos tendidos
a los barcos que zarpan...

Como si nos dijeran
que bajo la hermosura
de las azules aguas
hay escollos que exigen
las astucias de Ulises.

Naveguemos no obstante
porque necesitamos
penetrar el misterio
de los mares distantes
de las rutas difíciles.

La Ciudad se despide:
su mano izquierda avanza
en Sunion, manteniendo
el esplendor del templo
que recuerda a Teseo
que al Monotauro vence.

Que le recuerda al hombre
que hay que matar al monstruo
para seguir viviendo
bajo la Inteligencia
que emana de los ojos
de Minerva, la diosa.

RECUERDO DEL PARTENÓN EN EL PLENILUNIO

TODA la plata de la noche,
sobre la perfección de tu belleza;
todo el misterio de la luna
sobre tu gracia razonante;
todo el sueño posible
sobre tu exacta geometría;
todo mi corazón
genuflexo ante ti,
prodigio levantado
sobre el mar y los siglos.

No me despiertes. Jura
que existes, que
tu lección eterna
no va a desvanecerse
como en este momento
se disuelve tu rosa
en la noche lunar.

Haz que oiga soñando,
llevando sobre el alma
la lección perdurable

de tu milagro exacto,
mármol blanco azulado
por este plenilunio
que estoy gozando ahora
al pie de los Propíleos
igual que si viviera.

EN ATENAS, JUNTO AL PARTENÓN

LA castidad del mármol ha trazado
la pura geometría de la rosa,
perfección de la luz donde reposa
absorto el corazón maravillado.

Ni más ni menos. Ahí está. Pautado,
fuste, arquitrabe, capitel, la hermosa
seguridad del orden, donde posa
el sueño en logaritmo razonado.

El Partenón es síntesis, corona:
el dórico es varón; es femenina
la voluta que el jónico blasona;

al capitel corintio lo ilumina
la gracia vegetal de la Natura...
Y todo se hace, al fin, Arquitectura.

3

POEMAS Y CANCIONES DEL BRASIL *

* *La primera edición de este libro se publicó en Madrid, por el Instituto de Cultura Hispánica, 1974. Segunda edición.*

DECLARACIÓN DE AMOR

Todas as tuas conversas, pátria morena,
corren pelo ar...

RONALD DE CARVALHO

HISPANO soy, y nada
portugués me es ajeno.

En la girándula
de mis profusas geografías,
las Américas entrañables
iban trazando, en torno a tu
silueta inmensa,
mi apasionado asedio.

Mi amor lusitano «tras os montes»
se me iba convirtiendo
en amor brasileño «tras os mares».

Ya te había intuido
en el parpadeo blanco de Fernando Noronha;
en las luminarias de Recife y Bahía;
en el primer deslumbramiento de Río;
en el saludo cordial de Santos o de Portoalegre,
en todas tus sonrisas litorales.

Te había asediado desde el Norte,
allí donde el Orinoco
se atreve a parecerse al Amazonas;
desde el Oeste, desde los altiplanos de Colombia;
o donde el Ecuador se encastilla;
desde donde el indio peruano
alarga al de Brasil la mano;
o desde el Sur, donde las galopadas de los gauchos
no conocen la palabra frontera.

Mis aviones habían cruzado, desde el cielo,
la inmensa esmeralda del Mato Grosso,
agrietada por los grandes ríos
y sobresaltada por los volcanes gigantes.

Pero Brasil estaba antes en mi corazón:
en la dulzona música de su palabra portuguesa;
en los galeones que marchaban juntos
«por mares nunca d'antes navegados»;
en los versos de Gil Vicente y de Camoens;
en los bailes de las comedias de Lope
donde se oye el zumbar de las maracas;
en los negritos que cantan en las letrillas de Góngora;
o en ese cuadro del Museo del Prado
donde las naves españolas reconquistan Bahía.

Me habían enseñado a amarte
la música de Heitor Villalobos
y las cadencias de Manuel Bandeira
y los relatos de Jorge Amado y de Guimaraes Rosa;

de su mano había aprendido el dolor del Sertao
en los filmes de Glauber Rocha,
y la pena de Río
en las secuencias del «Orfeu Negro»;

y en las canciones bahianas de Carmen Miranda,
y hasta en las gracias de José Carioca...

Lo que hoy te traigo aquí,
como un enamorado tímido,
son las primeras, pequeñísimas, temblorosas
notas de un viajero
que no te ofrece más que la sincera
música de su piel estremecida
al contacto de tu gigante hermosura.

AL LLEGAR

NAVEGANDO ANTE LA COSTA

LA playa, femenina, está llamándonos
con sus dulces collares de esmeralda,
paraíso de amor que tiene áspides,
frutos de ensueño con la pulpa amarga.

Al fondo, muchas millas, tierra adentro
el esqueleto mondo de la muerte
que asesina a los niños y a los hombres;
alza su escudo negro, rojo y verde;

la triste, macilenta, extraña danza
de aquellos que no tienen ni esperanza

(En el mar, pasado Fernando Noronha)

EL MAR OCÉANO DICE AL BRASIL

—LOCO de amor, ofrezco a Río de Janeiro
la inmensa aguamarina de mi belleza azul;
o llego hasta la selva, y me llamo Amazonas;
o me convierto en rosa, y me llamo Iguazú.

EN LA LUCHA SE ACRECIENTA LA NOCIÓN DE PATRIA

—GRACIAS a vocés
señor holandés,
señores franceses;
contra vos luchamos
y juntos logramos
triunfos y reveses.
De este modo, nos,
por gracia de vos,
fuimos portugueses.

Os lo pague Dios.

DANZA

SE puede bailar con dos palos;
se puede bailar con machetes;
se puede bailar con las lanzas;
se puede bailar con la Muerte.

PAISAJE

A janela do tren e a televisao dos pobres.

(Popular)

VENTANILLA del tren,
programa gratis en tecnicolor,
pantalla panorámica con música
—tric a trac, tric a trac— son de maracas.

Decorador: Dios mismo.

MESTIZAJE

O Sinhor foi açotar—sòzinho a negra Fulô.—A negra tirou a saia,—e tirou o cabeçao.—De dentro dêle pulou—nuiña a negra Fulô.

JORGE DE LIMA

TEZ blanca, el portugués,
deja la espada en tierra;
ebrios los ojos claros
de la Naturaleza
que se le ofrece virgen
para que la posea.

Alza la «casa grande»
que rige la «fazenda»
y construye «senzalas»
para la gente negra.

Muele la zafra caña,
el café se trasiega,
el banano verdece,
el algodón blanquea.

Al portugués, la noche,
bajo nuevas estrellas,
le parece un camino
de soledad eterna.

La muchachita de ébano
que le sirve a la mesa
¿no será compañía,
amor y confidencia?

¿Habrá más dulce azúcar?
¿Más sabrosa canela?
¿Más oloroso clavo?
¿Más perfumada especia?

—¿Qué me manda, señor?
¿Quiere que yo le atienda?
¿No le gusta el perfume
que sale de mis trenzas?

La muchachita de ébano
de dulzura morena
entre sonrisa y flor
gobierna la «fazenda».

Ha ganado el amor
la dulcísima guerra,
y el campo de batalla
es un lecho de seda.

CANCIONES EN BAHÍA

CANCIONCILLA DE BAHÍA DE TODOS LOS SANTOS

CASTILLO azul, tu artillería
dispara palmas tropicales,
alza su tienda blanca el día,
su arquitectura de cristales...

La fortaleza de la entrada,
con sus cañones de juguete,
me dice: pase, la jornada
puede gozarse sin billete.

Canta la mar; tiende la brisa
una cortina incandescente;
y hay un temblor de oro y de risa
y una negrita indiferente.

Cientos de iglesias conmemoran
al Dios que libra de holandeses
y sus milagros se decoran
en azulejos portugueses.

¡Clavo y azúcar y canela!
Las torres lanzan oraciones
y hay como un pájaro que vuela
de lado a lado en los balcones.

Arquitectura repostera,
blando pastel color de rosa,
la ciudad alza su bandera
como una inmensa mariposa.

Las playas dejan una brecha
por donde miran los navíos
y donde el alma alerta acecha
la posición de los bajíos.

Arden los oros del convento
barroco en yeso y purpurina
y para el púlpito es sustento
una sirena que camina.

Lenta, la tarde bullanguera
en ella misma se fatiga,
y en amuletos de madera
manos de negra hacen la higa;

se venden hierbas de conjuro
para los males del amor,
sólo hay un brillo en el oscuro
rostro del hombre: es el sudor.

Agrias bocinas piden vía
en la calleja febriscente,
y todos ceden cada día
en su miseria sonriente.

Un palmeral alza sus cocos
en los honores de ordenanza,

suenan maracas para locos
estremecidos en su danza.

Funicular, llévame arriba
la ciudad vieja ya me espera;
quiero el recuerdo, mientras viva,
de un paraíso de tercera.

La desdentada arquitectura
muestra ventanas desventradas.
Sólo una cosa cierta dura:
la levedad de las pisadas.

Todo es perfil sin trascendencia,
vale la pena estar dormido;
la vida es siesta, en la indolencia
no se recuerda lo sufrido.

Hacen la rueda en plena plaza
—la catedral presta su ayuda—
y a un percutir de calabaza
una pequeña se desnuda.

La negra gorda alza el faldón
que es de color blanco de España,
y bambolea el polisón
como una tienda de campaña.

El candomblé ya no conjura
los enemigos de la vista,
y es espectáculo de altura
para regalo del turista.

Los rascacielos quedan lejos
y la miseria es pintoresca;
siga la danza, sus reflejos
llenan la música y la gresca.

Carmen Miranda en la «baixa
do Sapateiro», canta aún;
va repitiendo su tonada
un muchachito de betún;

nieva la risa su tristeza
baila al compás de una gramola
y va moviendo la cabeza
con la insistencia de una ola.

Plata en cenefa, el ebanista
pone en la calle tristes guiños.
(Es una casa especialista
en ataúdes para niños.)

Rueda la tarde a tiempo lento,
Bahía sueña eternidades,
Africas hondas, y un sangriento
mundo de esclavos y crueldades.

Sálvete Dios, Bahía, adiós;
yo te me llevo en el bolsillo,
como un pañuelo de entredós,
rosado, blanco y amarillo.

Vienen conmigo, bailes, cantos
de melancólica emoción.

¡Bahía azul de Todos os Santos
te llevaré en el corazón!

SON

—¿SE puede hacer canción con un cajón?
—Sí, señor.
—¿Se puede hacer canción con un palito?
—Sí, señor.
—¿Se puede hacer canción con un bidón?
—Sí, señor.
—¿Se puede alzar la música de un grito?
—Sí, señor.
—¿De una caja de fósforos?
—Sí, señor.
—¿De un tambor de madera?
—Sí, señor.
—¿De un tapón de cerveza?
—Sí, señor.
—¿De un pedazo de alambre?
—Sí, señor.
—¿Del fulgor de una lágrima?
—Sí, señor.
—¿Del rugido del hambre?
—Sí, señor.
—¿Del temblor de la muerte?
—Sí, sí, sí, sí.

(¡No, señor!)

DANZA DA CAPOEIRA

EL blanco es el señor de la fazenda,
tiene el poder, el látigo y las armas.

La cólera del negro se reprime
en rechinar de dientes, en astucias,
en ágiles ataques, sin cuchillos,
asestando, a traición, cuando es posible
mazazos con las manos y los pies,
durísimos.

Todavía
el negro danza, en la capoeira,
el símil del ataque por sorpresa.

Pero el blanco
tiene el poder, el látigo y las armas.

Todavía.

CANDOMBLÉ

Na sala estavam todos enloquecidos e dançavam todos ao son dos atabaques, agogôs, chocalhos, cabaças. E os santos dançavam também ao son da velha música da África.

JORGE AMADO, *Jubiabá.*

SOL y luna del África temblando
en la sangre que gime todavía
al látigo del barco del negrero.

Sol y luna en la sangre que crepita
en la epilepsia báquica del baile:
frenético girar de las caderas,
el sudor en el ébano del torso,
el blanco de los ojos en el éxtasis,
la desmayada, ya, final cadencia,
cuando desmadejadamente el cuerpo dobla
al último sonido del tambor.

RITO

HAY que asesinar a la paloma
¡eoyé!
hay que poner rojo en el blanco
¡eoyé!
Changó nos pide lágrimas
¡eoyé!
Yemanjá nos dará agua limpia
¡eoyé!
mientras nuevas palomas
¡eoyé!
llegan desde los cielos
a nuestros corazones
que no saben la música
de los seres felices.

¡Eoyé!

HISTORIA DE PIRATAS

Irao para a «Lanterna dos afogados», para o cais onde a noite è bonita.

JORGE AMADO, *Jubiabá.*

EN la «lanterna dos Afogados»
los piratas beben licor de guaraná
contando historias de piratas.
Cantan
los filos del machete, bajo luces
confusas de petróleos, los tabacos
acres nublando la tristeza.

Porque los «afogados»
emergen de las olas aceitosas
donde los barcos vierten
su fatigada sangre,

y ellos también nos cuentan
historias de piratas.

POEMAS DE RÍO DE JANEIRO

AMANECER EN COPACABANA

1

DULCE como un Mediterráneo,
¿acaso ha nacido, también aquí, Afrodita?

2

El sol entra en diagonal:
—Buenos días, América,
¡me alegro de verla bella!

3

Las aceras tienen
las olas pintadas. Como si
la hermosura pudiera detenerse.

4

El primer regalo del sol al mar
es una aguamarina.

5

La raza da dos clases de bombones:
de chocolate y de café con leche.

6

El arco de ballesta de la playa
dispara sobre Río azul del mar.

7

Las lentas, largas olas
muestran al mar desperezándose
sobre la rubia sábana de arena.

8

¡Cuánta gente madruga
en busca de hermosura!

9

El sol ya es un topacio
engastado en tu joya.

10

Zumbido de automóviles, ¡cuidado!
¡el mar no ha despertado todavía!

11

Espuma, alta cenefa
con ansias de ser nube,
que se despeña en ola.

12

El mar estalla en cóleras
pequeñas,
y después
regresando a su entraña
se arrepiente.

13

¡Qué impaciencia tu sol, playa,
para quemarte viva!

14

Pero es que ha descubierto
bajo el azul marino
tesoros de esmeraldas.

15

A medida que avanza
la madrugada,
se hace crujiente un cielo sin descanso.

16

¡Qué llameante luz
inunda tu hermosura!

17

Forcejea tu fuego, sol,
con la arena desnuda,
que yace, jadeante, poseída,
en un orgasmo cósmico.

18

O como un sexo innúmero
que siente la lanzada
de fuego de la luz,
como un dardo incesante.

19

Se nota entonces cómo
el oleaje es un inmenso
corazón palpitando,
insomne noche y día
condenado a vivir.

20

Copacabana,
dulcemente rendida
se acurruca en su ola
pidiendo tregua al sol.

21

Pero es inútil.
No hay
sino el creciente asedio,
el amor llameante
da la luz sobre el agua.

22

Herida, la pupila
se abriga bajo el párpado;
pero no cede al goce
de tanta luminosa
y perfecta hermosura.

23

Y se arriesga al incendio
del sol sobre las olas,
que descubre la línea
perfecta de la playa.

24

Y el sol, ya jadeante,
posee la hermosura
femenina del mar,
que se acuesta en su ola.

25

Hasta que, dominando
la azul circunferencia,

ice el rojo estandarte
de su fuego amoroso
vertical, absoluto,
vencedor.
Mediodía.

VENDEDOR DE COMETAS EN LA PLAYA

VENDEDOR de cometas
iza tus breves soles cabeceantes
sobre la espuma, como
si fuera un Dios que inventa pájaros,
mariposas difíciles de azules horizontes.

Estrellas ondulantes
de papel de colores
unidas solamente
por un hilo delgado
a la mano del hombre.

Lo mismo que los sueños.

PARLAMENTO JOVIAL DE JOSÉ CARIOCA

MI corvo pico me ennoblece
como su nariz a Cyrano.
Todo en torno desaparece
ante mi gesto cortesano.

Gusto del son de la marimba,
bebo mi copa de cachaça;
fumo el charuto y la cachimba,
y me presento a ver qué pasa.

Soy orador parlamentario,
y por el chorro de mi boca,
desparramo el vocabulario
de mi elocuencia carioca.

Luzco unas plumas nunca vistas,
grito, me río y no me rajo;
y me dan pena los paulistas
que gustan tanto del trabajo.

Con mi graciosa petulancia,
mi bastón y mi canotier,
voy superando la elegancia
de don Mauricio Chevalier.

Míster Walt Disney me ha pintado
como un torrente de alegría,
y el pobre Donald, asustado,
no comprende mi algarabía.

Con sus talentos de sajón
al pobrecito no le alcanza
el dulce son de mi canción
ni la alegría de mi danza.

Peor, entonces, para él.
Yo me despido, con permiso.
Tengo una casa de papel
en el umbral del paraíso.

SONETO DE LAS PLAYAS DE RIO DE JANEIRO

BOTAFOGO es azul; Copacabana
lapizlázuli, verde, blanco y rosa;
Flamengo es el atril donde se posa
la mariposa en flor de la mañana.

Catete, la madeja que devana
sus oros en la arena rumorosa;
Leme, Gávea, Leblón son la armoniosa
cadena de esplendor con que engalana

Río el collar de estrellas de su noche,
su palpitar azul y su derroche,
su corazón y su último secreto.

Siete playas, contad, que desdobladas
en el espejo azul van desplegadas
cual los catorce versos de un soneto.

REVERSO DE LA HERMOSURA DE RÍO

TELÓN caído. Ya se desvanecen
las bambalinas de fulgor cansado.
Digamos la verdad. Todo es soñado.
Las estrellas de luz desaparecen.

Tras la apariencia de hermosura ofrecen
las favelas su gesto derrotado;
el sudor, la miseria, el desolado
rictus en que los hombres desfallecen.

La música es un palo percutido;
el ritmo es un rumor de hoja de lata;
la alegría, un disfraz de Carnaval.

Digamos la verdad: todo está unido:
oropel falso con papel de plata;
serpiente y paraíso terrenal.

BRASIL, 1; URUGUAY, 0

EL ímpetu tremendo crece ya,
al fulmíneo disparo de Pelé:
un grito, cien, doscientos mil.

En el estadio de Maracaná
todo el césped del campo se alzó en pie
para izar la bandera del Brasil.

CANCIONCILLAS DEL CARNAVAL DE RÍO DE JANEIRO

Triteza nao tem fim;
felicidade, sim...

(Popular)

EL estallido festival
alza su chorro de alegría.
Es una isla, el Carnaval,
en tu hondo mar, Melancolía.

Ahora es el tiempo: apresuraos;
son unas horas, nada más;
ruedas de música y saraos:
son cuatro días y no más.

Paraíso de bambalina,
luna y sol de papel de plata,
redoble vivo que camina
en los tambores de hojalata.

La geografía caminante
va a desplegarse en danzas mil
para mostrar al visitante
toda la historia del Brasil.

Se explican triunfos y reveses
y aquí se nos muestra sin truco
cómo expulsaron a holandeses
los negritos de Pernambuco.

Aquí bailan al son que tocan,
el mestizaje y la negrada,
con contorsiones que provocan
sobresaltos en la mirada.

En la molienda del sudor
mueven la rueda de las ancas
y la piel se hace resplandor
en las morenas y en las blancas.

Mintiendo imperios guineanos
van festejando en sus letreros
la invasión de los africanos
¡en los barcos de los negreros!

Mantos, coronas, cetros, danza,
van convirtiendo alegremente,
la esclavitud en esperanza
los Reyes Negros del Oriente.

Látigo y pena, flor de clavo,
son de macumba y candumblé;

es la revancha del esclavo:
¡toda la noche puesta en piel

Es la ciudad rindiendo honores,
con las fanfarrias de ordenanza;
compensación de los dolores,
grito de horror tornado en danza;

es la tristeza que acompaña
con su sudor los cafetales;
y la cortada de la caña,
y el machete de los maizales.

Ésta es la noche del olvido:
por una vez ya no son pobres;
va una fortuna en el vestido
en que gastaron ya sus cobres.

Y en paradójicos Versalles
negra la faz, blanca peluca,
fingen salones en las calles
el mendigo y la mujeruca;

disfrazados como en el sueño
que, en una noche de verano,
Shakespeare pintó para el pequeño
ocio trivial de un cortesano.

Cuarenta grados de calor
y de humedad ciento por ciento,
dentro de un baño de vapor
cuecen las casas su cemento.

Muele frenética la danza
con el girar de las caderas,
y es un ejército que avanza
tras sus fantásticas banderas.

La mamá negra sale oronda
a presidir la procesión,
grande, fantástica y redonda
en su imponente polisón:

los niños danzan, y los viejos,
y los bongós, y los tambores,
y las carrozas de reflejos,
y las serpientes de colores;

y los inválidos que avanzan
con sus disfraces de oro y sedas
y sorprendentemente danzan
en sus cochecitos de ruedas...

La noche en lluvia se diluye;
su pertinaz artillería
también al juego contribuye
de dionisíaca alegría;

es la diosa Jubiabá
la de las aguas favorables,
que a la gran fiesta llega ya
con sus conjuros espantables.

La noche agrava su dominio,
ya es cólera la borrachera,
es la hora del latrocinio
y de la puñalada trapera.

Huelen las calles a tabacos
y en los inmensos soportales
caen las gentes como sacos
con sus fatigas animales.

Sigue la música. Porfía
la sudorosa caminata.

Ya sale el sol. La algarabía
sigue su lírica cantata...

Todo termina. Desvanece
el día trémula saudade;
una negrita desfallece:
—*Acabouse a felicidade...*

Carnaval del setenta y tres:
se ha terminado tu teatro.
Todo se ha vuelto del revés...
Mas llegará el setenta y cuatro.

Mañana empieza la ilusión
de preparar un nuevo sueño.

Una corona de cartón,
un paraíso bien pequeño
para que quepa, ya risueño,
en el dormido corazón.

POEMAS DE TIERRA ADENTRO

PALACIO IMPERIAL

DAGUERROTIPOS de Su Majestad
se desvanecen en la penumbra.

Un perfil melancólico
se disuelve en la bruma.

La piel rosada, portuguesa,
cae bajo una luna
de epidermis de ébano.

Se oye una antigua música
en el piano del Salón Dorado,
que canta a la Fortuna.

Un desfile brioso de caballos,
una bandera verde, una
canción de independencia y libertad
dibuja
su joven melodía en el jardín
que sueña ser Versalles.

12 — 3563

Transfigura
la silueta del Rey.
Se hace difusa
la noble testa coronada, en el azogue
—como una sombra en fuga—
de los espejos.
Sólo queda
temblorosa y confusa,
la huella melancólica, el recuerdo
de una grandeza azul que se desnuda
del manto y la corona para ser
un recuerdo espectral en la penumbra.

(Petrópolis)

NIÑA NEGRA EN EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN

—Samo negra pecadora
e branca la Sacramenta!
—La alma sá como la denta!

LUIS DE GÓNGORA

EL ébano restalla en la piel dulce
bajo el velito blanco,
blanco en los ojos,
como los dientes blancos,
como su corazón de niña,
inmaculado.

¿Se acercará a Jesús,
Nido rosado,
leche de almendras tibias,
nieve en regazo,
azucena sin par,
lirio del prado?

Su corazón de niña
está temblando.

Pero el Niño Jesús
le ha cogido la mano.

(Teresópolis)

«O ALEIJADINHO»

ATADME los cinceles
a las manos deformes,
que os haré mi escultura;
del puño agarrotado
surgirá la hermosura.
Apóstoles de Dios
salen de mi tortura,
estupefactos ángeles
que miran a la altura.
Bajo cielos cobaltos
emerge mi amargura.
Si os asusta, pasad,
pues mi dolor aún dura.

EL HOMBRE DEL SERTAO

E o homem permanentemente fadigado.

EUCLIDES DA CUNHA

ALGUNAS veces
en una calle de Bahía o de Río
me he cruzado con el hombre del sertao.

Le reconozco por su tricornio de cuero.
Y, sobre todo, por los ojos de fiebre
en la faz recomida del calor y del hambre.

Le veo como en los filmes de Glauber Rocha,
cabalgando el caballo canijo
entre los matorrales retorcidos
en el paisaje de los nueve meses sin lluvia,
en la altivez del heroísmo sin límites
con que los bandeirantes
levantaban sus estandartes de brujería y misterio
más allá de la vida y lá muerte.
Le veo en las largas procesiones patéticas
bajo los estandartes desflecados y míseros
de Antonio das Mortes,
con quien se moría cantando
bajo atroces celajes de sequía.
Le veo como lo que es,
un héroe de romance
que cabalga el sertao calcinado
en una extraña Edad Media de pájaros siniestros,

en una nueva, alucinada cabalgata
de jinetes del Apocalipsis.

El hombre del sertao
pasa los distraídos ojos
por la policromía alegre de Bahía o de Río
y regresa a la tremenda geografía
del hambre y de la muerte.

UN «CABRA» NO PUEDE SER INFIEL A SU PALABRA

—NO, señor Coronel. Yo ya no puedo
volverme atrás, después que Su Excelencia
me encomendó la muerte de João Crus.
Yo soy un «cabra» honrado. Los cruzeiros,
mitad de mi soldada, aquí los llevo,
en el bordado cinturón. Yo nunca gasto
sin cumplir la promesa. Es mi palabra,
Coronel, lo que ahora he puesto en juego.
¿Qué dirían de mí si no cumpliese?
Lo siento por João Crus, si le perdona;
pero mi gran reputación de «cabra»
exige que le mate, Coronel. Lo siento.

—Bien, márchate.
(Habrá que contratar
a otro «cabra» que mate a este obstinado.
Busquémoslo de prisa, de otro modo
nadie salva el pellejo de João Crus.)

(Historias de Ceará)

SAO PAULO

ATERRADOS,
Bajo una barahúnda de bocinas,
enfilamos la jungla de cemento
pobre jungla sin árboles
monumento de orgullo numerario,
en el que un solo rascacielos
se curva en una inmensa
serpiente, por azar, petrificada.

BRASILIA

LA selva transformada en geometría
enfría sus paisajes.

Cubos, conos, pirámides, cilindros,
en lugar de los árboles.

La línea recta ha asesinado
las mariposas frágiles.

Los aviones de aluminio
el temblor de las aves.

Y la regla de cálculo
ha hecho la perfección irrespirable.

Todo es justo, preciso, claro, rígido:

Es el sitio de Nadie.

AL SALIR

EN EL CUZCO, EL POETA EVOCA A LOS INDIOS BRASILEÑOS DEL AMAZONAS

TE evoco a ti,
desde aquí,
indio brasileño regresado a las selvas
de la Amazonía, como a una inmensa placenta,
unida por el cordón umbilical de la sangre.

Desde aquí,
entre el Cuzco y las alturas de Macchu-Picchu,
cantadas por Santos Chocano y por Neruda;

donde tus hermanos mascan la coca
para alimentar su melancolía,
replegados ante el blanco y ante el negro;

refugiados en los cerros donde las rocas durísimas
de Sacsayamán cantan la fortaleza de un imperio;
y me acuerdo de ti, pobrecito indio brasileño,

porque ni siquiera ocupaste un día un puesto en la historia,
mientras aquí los incas levantaban pirámides
bajo el vuelo circular de los cóndores;

alzaban templos para la oración de las vírgenes
y casaban a sus princesas con Grandes de España.

Y ahora que nada tienen conservan, sin embargo,
una dulce belleza de idolillos de barro
que apacientan rebaños de frágiles alpacas.

Pues, ¿acaso haber sido
no dobla su razón de tristeza?

¿No miran con ojos estupefactos
las piedras de sus casas convertidas
en cuarteles del Conquistador
y en iglesias para el Misionero?

¿No están, todavía, como atónitos,
pensando que, ineluctablemente,
un día, en el calendario de Dios, nos marcharemos?

(Pues este Dios, que os hemos dado,
¿podría dejar de redimiros?)

Pero, en fin, habéis sido.

Mientras que tú
mi pobre indio amazónico del fondo inmenso
del Brasil inmenso, ¿cuál es
tu signo? ¿De qué colores se hace
tu recuerdo en la historia? ¿Eres
algo más que presencia sin ayer

que presencia sin mañana?
Empujado a la selva por los blancos rapaces,
inundado por el oleaje negro que llegaba de
África;
reducido a los hondos rincones fluviales
donde los peces piraña devoran
en un instante las gigantes reses;

destilando el veneno mortal de tus flechas,
desnudo en la natura y en la historia...

Yo quisiera, tan sólo, que tu imagen confusa
ocupara la última página, al menos,
de estos poemas y canciones del Brasil.

Porque tienes derecho.

(El Cuzco)

CONCIENCIA DEL OTOÑO *

* *La primera edición de este libro se publicó en Madrid, colección «Arbolé», 1975. Segunda edición.*

A
Conchita, mi hija mayor,
hiladora de la continuidad
filial y fraterna.

I

ÉSTE que estás aquí, que eres tú mismo,
curva la espalda en el antiguo gesto
de servidumbre, trémulo, tatuando
la nieve, con tu pluma esquiadora,
papel que es, a la vez, ventana, espejo,
donde Narciso eres, impaciente,
en la tenaz pesquisa de tu imagen;

éste que estás aquí, en tus viejas páginas,
donde tú mismo en ti te reconoces
como una sombra pálida, como un
difuso espectro irreversible...

Tu mano joven dibujó estas letras,
y ésta fue la tenaz caligrafía
con que diste perfil al pensamiento,
¿o era, quizá, distinta criatura?

Velocísima sangre, ¿a qué horizonte,
a qué cenit, a qué verdad navegas?
Sucesor de ti mismo, ¿dónde yace
la arquitectura de la carne aquella
que se encendía como un sol creciente?

II

Volvamos a la noche, a la tiniebla,
¿lo habías olvidado? Tercamente
nos tenemos en vilo, hacia la aurora
que cada vez se aleja, hacia el ocaso...

Tercamente. Si no, ¿vivir valdría
la pena? Caminamos, seguimos,
caminamos. ¿Quiénes son estos
que hacen la ruta a nuestro lado?

¿Ciegos en sombra? ¿Sordos en lo oscuro
silencioso del hondísimo cráter
del no, del nada, del sombrío, incierto
destino, solitario sin remedio?

Explicadme. Decidme. Y no
preguntaré nunca más cosa alguna.
Pero...

Horizontes, galaxias, nubes,
una flor desmayada, un triste pájaro,
la noción del crepúsculo, el abismo...

III

El juego ha terminado. «No va más.»
Los dados han rodado sobre el césped
junto al astro infantil de la ruleta,
agotadas las cartas,
oros, copas, espadas,
bastos. «No va más.»

No va más.
Deteneos. Mirad. No tengo
de qué quejarme...

La existencia
benigna en torno mío está. Veo,
desde el balcón de mi despacho el parque
lleno de niños. Una vasta
geografía de libros me limita
y me empuja al ensueño.

Voz amiga,
entrañable, me acompaña. Siento en mí
la plenitud del árbol florecido,
la frondosa verdad de las raíces
y de los frutos. No tengo
de qué quejarme...

La jornada
me ha deparado la gozosa
posesión de los mapas, y ese gajo
de alegría, sabiendo que las gentes
conocen algún eco de palabras
que dije, que escribí, tal como ahora,
curva la espalda, en el antiguo gesto
de servidumbre, trémulo, tatuando
la nieve con mi pluma esquiadora.

IV

Este soy. Ya irremediablemente,
fijo en este sepulcro de mil páginas,
donde se archiva un sueño de existencia.
Pude ser de otro modo; pero yo he sido así.
A cada línea añadiría un trémolo
que marcase otro rumbo; otra saeta
hacia blancos más altos; otra espiga,
de más grávido fruto; otra mirada
de ambición más altiva; otra voz
de más redonda claridad ornada.

Pero éste soy yo, conciencia de mi límite,
irreversiblemente confinado
en la verdad desnuda de mi alma.

Tomadme como he sido.

V

«Les sanglots longs
des violons
de l'automne»,
viejo Verlaine amigo,
quiebran mi corazón.

Sí. Son los sollozantes violines de niebla
que gimen bajo el éxtasis de los árboles mustios
que me traen aquella adolescencia antigua,
cuando París era una flor o un dulce pájaro...

Hay un vino que enciende burbujas de silencio,
goteando en las frondas del tiempo desmayado.

Ser otoño es no ser nunca jamás estío,
mirar la primavera como un astro remoto,
estar seguro de que es irreversible
la ruta que termina, duramente trazada
por el tatuaje de los hechos exactos.

Ya no tiene remedio, ni es posible pintar
las flores del recuerdo con colores distintos;
nuestra piel nos enseña en trazos indelebles:
fuimos así, de modo irremediable.

El proyecto de ser cristalizó en figuras
de implacable y mortal dureza geométrica.

Bueno o malo, el dibujo está ya hecho;
tomadme como soy.

Como debo haber sido.

VENTANA SOBRE EL PARQUE

Y yo me iré, y se quedarán los pájaros, cantando.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

ALGUNA vez he dicho cómo, venturoso de mí,
un parque me florece en la ventana pródiga
del lugar donde vierto mi voz y mi palabra.
Alguna vez he escrito el giro de las plantas,
la sucesión perfecta de inviernos y de estíos,
el almanaque exacto de la rosa,
el calendario de las ramas de los árboles
puntuales en vestirse y desnudarse,
en el infatigable carnaval del año,
—un disfraz cada una de las cuatro estaciones—
como un gran aparato de relojería
que se mueve bajo los cielos también cambiantes
—añiles, blancos, grises, plomos, perla—
sobre la escena de mi parque antiguo.

Hay, también, una girándula de sonidos:
pájaros que se saben todas las partituras,
niños que juegan bajo cielos clementes,
breves ladridos de perritos domésticos,
y, en los domingos, las voces roncas de un titiritero
que grita el pasmo del polichinela.

Y hay también un *tiovivo* de silencios,
bajo la rama en sombra del parque ya cerrado.

* * *

Yo lego todo esto —colores y sonidos—
a ese mortal que habrá de sucederme un día
asomado al cristal de mi misma ventana.

RUEDA DENTADA DEL TIEMPO...

RUEDA *dentada del tiempo*,
¡cómo muerdes mi silencio!

Reloj de sombra y de luz,
pájaro de mi misterio,
corazón cuyo tic-tac
empuja sangre a mi cuerpo;
péndulo de la verdad,
racha de viento, violento,
que has derribado los árboles
que tenía en mi recuerdo.

Minuto de luz, aurora
boreal, pálido incendio,
hoguera de hojas caídas
en otoños cenicientos.

¿No hay quien pare el artilugio?
¿Se han roto todos los frenos?
Rueda dentada, trituras
mi cobrizo pensamiento.

Las avenidas de octubre
se cubren de oros inciertos,
se oyen con algarabía
los chillidos de mis nietos,
émbolos que, sin descanso,
empujan mi propio espectro.

No, no; está claro que no:
esto no tiene remedio.

ESTOY DESNUDO FRENTE AL MAR

com era nua la mar...

«Xenius»

ESTOY desnudo frente al mar. Desnudo
como el mar. Septiembre orea
sus ámbares en flor sobre el poniente
que se desmaya en ola, en infinito,
como un cansado corazón, durmiéndose
sobre la almohada rubia de la playa.

El mar y yo —y mi corazón— desnudos,
sin trampa, ni cartón, diciéndonos
las palabras finales, las palabras
que sólo entienden los amantes, cuando
después de la fatiga del amor se encienden
las luces de la voz en la penumbra.

Y es más fuerte el silencio que la voz
porque así el corazón da su latido
y el mar su dulce palpitar de ola
y no hace falta hablar, porque sabemos
el mar y yo, que por el pie descalzo
sube un grito de espuma hasta las ingles,
hasta el torso, hasta el cuello, en un abrazo
que ha de romperse cuando el mar se cae
estrellado en la arena de la playa.

Pero el silencio es fuerte y es vibrante,
sobre el desnudo de ambos, amoroso
enlace de la ola y del espíritu,
boda que muestra espumas de azahar
sobre la lenta majestad del agua.

Y el mar y yo sabemos que es así.

LOS BOSQUES DEL OTOÑO

QUISIERA deciros, hoy, el triunfo mortal de los amarillos
la sinfonía de cobres que conduce a la nada,
cuando cuelga de cada árbol una bandera de fuego,
que se desprende de las ramas, para ser alfombra chirriante.

Me acuerdo ahora —¿por qué?— de los inmensos bosques
de América del Norte, y sus teatros de llama,
de sus cobres de incendio y de las avenidas de sombra
que se descuelgan en la esmeralda de los lagos.

Hay oros de brillos diferentes, pero la muerte está debajo,
con verdad que no apagan los colores que encubren
la frialdad terrible de las joyas y de las monedas
la helada condición de anuncio de la muerte.

Desde mi parque, donde juegan los niños, contemplo
un llamear de árboles, rescoldos del estío,
ya banderas de otoño, ya mortal profecía,
ya cadáver de flor, que cubrirá la nieve.

Amarillos de sombra, dulces banderas pálidas
rotación impasible de la fruta y la muerte,
mi ventana se abre sobre el triste paisaje
que nos dice, implacable: envejecemos.

EL POETA HA CUMPLIDO SESENTA AÑOS

Y, sin embargo, esta dulzura
esta noción de plenitud,
este equilibrio y esta hondura
no los gocé en mi juventud.

A plena luz va mi vacío
cuatro horizontes a surcar,
me siento en paz, soy todo mío,
aún soy capaz de navegar,

pero la quilla lleva el plomo
de los estíos fugitivos
y los secretos vibran como
nuevos caminos redivivos.

Velas de luz cantan reflejos
de los ocasos que no están,
ya los ayeres quedan lejos
y los mañanas llegarán

un poco más cada jornada
adelgazado el horizonte
¿se hace más débil la mirada?,
¿escalaré el nivel del monte?

Pero el camino ya está hecho,
¿no pudo ser de otra manera?
¿Un corazón dentro del pecho,
con otro ritmo me latiera?

Ya está cumplida mi tarea,
mi autorretrato terminado,
la arquitectura de mi idea,
lo que yo había deseado,

y, sin embargo, corazón
lo más hermoso era la espera,
cuando sentía adentro el son
que me entreabría la frontera,

cuando era todo porvenir,
interrogando mi destino.
Cuando quería consumir
todos los hitos del camino...

Todo es igual. Todo es ayer.
Todo es mañana y es hoy mismo.
Desde los fondos de mi ser
clamo, Señor, desde el abismo.

SIEMPRE TODAVIA

GRACIAS, Señor, por esta cosa mínima
que consiste en abrir, cada mañana,
los ojos a la luz de la existencia.
A Ti te basta con decir: prosigue.
Y entonces, lentamente, desde el fondo
de luz esmerilada donde yazgo
—¡oh, turbio mar de algas de los sueños!—
voy emergiendo a prolongar la vida,
el goce cotidiano de las cosas.
Estoy horizontal, vertical nazco
de nuevo a proseguir; tuve los párpados
cerrados, y ahora la pupila está avizora;
la pesadilla dibujaba monstruos,
y ahora está la mente razonando.
Espera, junto al lecho, la costumbre:
las prendas de vestir y de calzarme,
el baño que me envuelve en agua tibia,
el agua de colonia, que refresca
la frente, todavía adormecida.
El espejo que muestra mi otro yo,
confuso, vacilante, sorprendido,
inaugurando el gesto cotidiano
de envejecer mi barba con la espuma
y hacer nacer un rostro rasurado,
joven, feliz de verse prosiguiendo
la noble pesadumbre de la vida.

Gracias, Señor, por no olvidarte
de permitir que siga en tu recuerdo.
Porque quieres que ensaye todavía

otra vez, torpemente mi designio
de intentar reflejar en mi palabra
el asombro gozoso de existir.

Cada rincón del rostro que contemplo
en el cristal perfecto del azogue
es como una lección de geografía
de mi vivir, entorno de mis sueños.
La piel dibuja surcos de memorias,
la tenacísima ilusión del alma,
el gusto cotidiano de mis cosas
—mi casa, mi despacho, mis papeles—
y esa agridulce, poco comprendida
verdad, que envuelve junto con nosotros
los seres que han nacido en nuestra casa,
que son el corazón y la costumbre,
ese contorno de verdad tranquila
que gozo, en la mañana, cuando dices
sencillamente: «Sigue.»

EN UNA EXPOSICIÓN DE MANUEL VIOLA

TODAS las ventanas dan hacia los estallidos
donde crujen las formas en las espirales
concéntricas que nos arrastran a los abismos.

Todas las hélices giran furiosamente
hacia los pozos de las negruras últimas
hacia los infiernos donde crepita el vértigo.

Todas las llameantes, ígneas iluminarias
proyectan sus carmines, taladrando
la oscura noche cerrada de la Muerte.

Todos los amarillos gritan, retorciéndose,
inventando relámpagos de ira
que se destrozan a sí mismos, suicidándose.

Todos los vientos levantan lava de los cráteres
donde las lunas vacían sus vientres de hielo
y desatan los carbúnculos exterminadores.

Todas las cóleras disparan sus azufres
para azotar con fuertes oleajes
las playas últimas de los desiertos.

Todos los relámpagos cantan al unísono
el miserere de lo irremediable,
la fogata final de la existencia.

Todos los azules congelados de luna
acuchillan los horizontes desmayados
sobre los que se cierra el ébano de la noche.

Todos los verdes se hacen esmerilados
en los fondos oceánicos donde los peces han
muerto
bajo el peso de los naufragios.

Todo lo que se mueve queda atónito,
paralizado por la voz de mando
de ese pincel que gobierna y domina
tanta energía cósmica congelada en un gesto
cuando todas las crispaciones del mundo,
se hacen luz y color de hermosura.

CANTO DE MUERTE EN LENINGRADO

A Ela Braguinskaja

LLEVO mi muerte a cuestas. Se me ahínca
la sombra de mi muerte en el costado.
Conciencia del otoño, fabricada
de ausencias de amargura irremediable.
Supervivientes somos de un inmenso
ejército en derrota por el tiempo.
Hemos visto la muerte como un chorro
letal en torno nuestro. Hemos vivido
jornadas de metralla y sufrimiento
y hemos dejado rostros entrañables
en el barco común de las trincheras.
Lloramos huesos que se han vuelto polvo
en Belchite, en el Ebro, en las cañadas
del espanto y del crimen. Recorremos
Europa, cementerio interminable,
Auschwitz, Omaha Beach. En Leningrado.
No hay flores suficientes en el mundo
para cubrir tanta carroña inútil.
Las primaveras fingen alegría,
pero bajo la tierra hay un atónito
mirar de calaveras sin pupilas.
Memorial de muertes, no hay ya números
para contar la estúpida matanza.

Aquí yo, en Leningrado. El cuadernito
de la niña que anota las ausencias
que agranda la feroz artillería:
«Ya está sola Tatiana»; así es la última
conciencia de su infancia ensangrentada.
Recorro el cementerio, campo inmerso
de muertos, bajo bronces memoriosos...
Siento remordimiento de estar vivo.
¿Por qué estos uniformes mutilados
fueron condecorados por la muerte?
Tenían, como yo, derecho a ser,
a vivir, a cantar, a ser queridos.
¿Qué tremenda señal cayó del cielo
que hirió su corazón y lo hizo inmóvil
después de agarrotarlo con la nieve,
el espanto, el dolor, el hambre, el crimen?
No tenemos derecho, no es posible
caminar bajo el sol, entre las flores,
sobre la podredumbre de estas muertes.
Una música canta oscuridades,
la soterrada voz de los difuntos.
Llevamos la ceniza del recuerdo,
la dolorida imagen del hermano,
la patética sombra de sus sangres
tatuando las almas.

No es posible
que aquí, donde ahora estallan los colores,
reventaran las bombas del espanto
sobre niños nacidos a la muerte.

No, no es posible. ¿Habría, entonces
—en este mes de junio—, primavera?
¿El clavel florecía bajo el látigo
de los tanques? ¿Lucía el sol,
mientras la muerte atenazaba garfios
en la carne infeliz de las muchachas?

En los sótanos tristes, ¿no hubo un canto
que sintiese el naciente albor del día?
¿Nunca se oyó la música del aire
en los enfebrecidos plenilunios
pidiendo treguas al dolor y al crimen?
¿Y hubo nieve bastante en los inviernos
para poner blancura sobre el rojo
de tanta sangre que manaba inútil?
Medio millón de muertos, ¿son abono
bastante para un mundo de flor roja?

* * *

Mi conciencia de otoño, como un ámbar
triste de turbios oros, me acompaña.
Soy, he sido, varón superviviente
de una historia de espanto y de tristeza,
europeo del sur, desde mis soles,
llego a la plata antigua de tus cúpulas,
a tus palacios que graciosamente
sueñan con geometrías italianas.
A tu Neva, que se abre como un sexo,
a tus bosques de pinos y abedules,
para decirte mi dolor antiguo.

Soldado involuntario yo también,
sentí los estallidos de la cólera.
También allí como la sangre, el fuego,
también somos convictos de tragedia;
también llevamos en el alma antigua
imágenes de amigos que se han muerto,
la vergüenza de ser supervivientes
de una generación que no ha evitado
el dolor de la muerte y de la sangre.

Y veo ahora, en la mirada clara,
en la ternura eslava de estas gentes,
manos que encajan en la mano mía
y que se dicen muda y claramente
nunca más, nunca más, nunca más, ¡nunca!

CANTATA PARA DOS VOCES

LOS pálidos y lentos caballos de la niebla
fluyen en el silencio de la noche tranquila,
se alzan en vilo; suben a las estrellas hondas
y se desflecan en galaxias sin número...

... (¿ha llegado Ana Mari? Afuera llueve;
se oyen golpes del viento en las persianas.
¿Qué hora es?)

... las mariposas múltiples
del crepúsculo, color violeta intenso,
cantan el tema del óboe que gime
en el «Anónimo veneciano». Altísimas
venecias se mecen como sus propias góndolas
en aquel fondo donde
la isla de San Giorgio esplende...

(Ayer nos hemos acostado muy tarde. Estábamos cansados. Esperábamos no sé qué. Nos moríamos de sueño)

... hay una lenta espiral que asciende
sobre las cosas, como una enorme, interminable
interrogación ¿entiendes?

hoy, en el avión,
venía Rafaelito García. ¿Es posible que no te acuerdes
de él? Me dio muchos saludos...

... el avión de la
tarde se entra en el crepúsculo incendiado
de su propia hermosura. Son mis crepúsculos
de Madrid los que veo desde mi balcón de Rosales,
los que inventan horizontes de jade, lejanías de oro,
sobre el verdor inmenso de la Casa de Campo,
asediada ya por los paralelípedos del suburbio...

(yo no sé
cómo se va a arreglar eso; no hay sitio
para aparcar en parte alguna).

¿Dónde estábamos?
Tú te habías perdido entre la muchedumbre;
me llamabas, pero yo no te oía. Temí
perderte; que nunca más nos viéramos.
¿No es el infierno?

(Hoy le he preguntado
al cura: si me salvo sin ti ¿no es condenarme?
El pobre no ha sabido qué decirme. Callo.
No te enfades.)

Hay una larga senda ante mis ojos
y no hay otra salida que seguirla. Es como si,
de pronto, nos volviéramos criaturas automáticas,
cuyos muelles se aflojan, y se hunden exánimes.
Nuestras almas son una geometría de vértigos.

(He debido soñarlo. El pijama me apretaba,
sin duda por una mala posición de mi cuerpo.
Me dolía mucho, ¿sabes?)

Se cerraba la ruta
y un laberinto de horrores asediaba mi sueño.
Hélices velocísimas guillotinan el aire;
no me dejes

(por la mañana, cuando me despierto,
veo el libro caído junto a la mesilla de noche,
que me eslabona con el recuerdo último
de ayer. Hoy, otro día)

... pero siempre, siempre
se me alza un oscuro sollozo de tiempo coagulado,
una muerte escondida que el corazón me asedia;
no hay viaje de vuelta, todo es irreversible,
ayer no existe ya, mañana ha de nacerse
entre un lentísimo túnel de alcobas perforadas...
Me desnudo en silencio, en la rutina estúpida
con la que cada noche me entierro entre las sábanas
en el aprendizaje diario de morirme,
cuando los párpados, fatigados,
me empujan hacia adentro, hacia el no ser del sueño...

(los zapatos tienen caliente la horma de mi pie;
la camisa, el sudor de la jornada, y la corbata
es la frágil bandera que evoca mi apariencia
de hombre en la calle)

... estaba en pie, quisiera
estar en pie, como está el Dios insomne
que da cuerda al reloj del Universo,
el Dios cuya pupila no descansa en lo oscuro...

(hay que cambiar la almohada, creo
que esta almohada me da muchas pesadillas.
¿O es acaso el calor del radiador?)

... traía
de ese libro que está al pie de la cama
la imagen de galaxias fosforescentes,
de abanicos de poesía abiertos a los astros,
de campos de girasoles multiplicados por mil,
de bandadas de pájaros...

(¿ha llegado Ana Mari?
Mañana tengo que llamar por teléfono
al corrector de pruebas. Sin falta. Hay unas líneas
que no se entienden bien...)

... la tramontana
de Cadaqués inclina los azules olivos,
despeinándolos; baten puertas, las pizarras
grises, junto a la mar, se abrillantan,
esplenden, rezuman, mientras el coletazo
del viento raya, erosiona las duras superficies...

(es ya muy tarde, no pienses más, durmamos)

ahora veo...

(descansa, no te agites, descansa)

ahora veo, de nuevo, los palacios furtivos,
deslizándose, sueño abajo, la innumerable
gente que me crepita en el recuerdo:
aquel niño que sollozaba un día, ¿te acuerdas?,
en la carretera que va de Nueva Delhi al Taj Mahal,
entre el negro hedor de la miseria, y la blanquísima
piel de la muchacha que ríe con un loto en el pelo.

(despertarme es difícil: primero miro la mesilla
de noche para saber dónde estoy; a veces creo
que estoy en mi segura realidad cotidiana
y me encuentro en una extraña habitación de
hotel,
y a veces me duermo y velo en una cabina
de tren, o en un gran pájaro que vuela
sobre los océanos...).

Corazón inquietísimo,
¿sabes dónde está tu seguro horizonte? ¿Sabes
dónde vuela, en verdad, tu aplomada mentira?
He vivido, y ahí está; he escrito muchas páginas.
Nunca más volveré a vivir. ¿No podría
escribirlas de nuevo y de otro modo?

Todo es irreversible. Ayer me encuentro a
nuestra amiga (ya sabes), la estúpida del tercero,
y me volvió a humillar con su silencio.
Sí. No volveré a ocuparme de ella. ¿Me decías?

Ascender es la dulce tarea cotidiana,
pero ¿cómo? Los colmillos del hambre, la dura
geometría de las cosas, el envés de los árboles,
la tristeza terrible son tirones de noes,
garfios que agarran el alma hacia las piedras...

Y, sin embargo, me gusta despertarme todos
los días
a esta pobre verdad de cada día, ¿sabes?
Habrá que empapelar de nuevo el dormitorio,
hay manchas de humedad. No creas. Sí. De colores
mezclados. Por supuesto.

Los relojes conservan el secreto del sueño.
Porque cada momento posee sesenta promesas
de pequeños, delgadísimos fantasmas adorables.

Los relojes, exactos, cazadores de auroras,
de mediodías y de crepúsculos.
Todavía
el reloj tiene algo secreto que decirme.

No, no llegaré tarde. Cuando me visto, ¿no sabes?,
pienso en mis musarañas, mientras me afeito
y se llena la bañera. Nos morimos un poco
dentro del baño, ¿no? Como si fuera
un sepulcro de prueba para ensayar la muerte.

En la calle se abren vorágines de espanto.
¿Y los relojes muertos? ¿Y los que palpitaban
en los cuerpos que ya no existen?

Mi padre
llevaba un precioso reloj de oro en el bolsillo del chaleco,
un reloj de tapas labradas, ¿te acuerdas?

¿Y los minutos transformados en polvo, en fango, en nada?
Vértigo, vértigo, vértigo, creciente vértigo.
¿Hacia dónde?

No sé por qué me acuerdo
tanto de mi padre en estos días. Le gustaría verme
así, en la edad de su muerte, viviendo todavía,
tercamente soñando los límites del tiempo.

Vértigo hacia lo hondo, ¿por qué tremendos túneles
me arrastras a la raíz donde la vida
y la muerte se confunden y se hacen hoguera?

Estoy corrigiendo pruebas de un libro antiguo mío

que reedito ahora para un tomo de «obras completas».
¿Quién es este que escribió estas palabras?

Aventura,
camino, chorro en flor, primavera, todo, todo
ya irreversible. No hay regreso; no hay
vuelta a empezar. Irremediablemente
fluye todo en un lento e infatigable río,
y ahora siento una dulce fatiga sobre los párpados.

Me he despertado antes, debe hacer mucho frío.
¿O es que se han apagado los radiadores?
¿He cambiado de casa?

Un traqueteo en la noche
me acompaña, en el duerme-vela de tantos recorridos
en los grandes aviones transatlánticos,
donde esquiamos sobre himalayas de nubes;
en las tercas navegaciones, cuando
golpea el oleaje la quilla y cruje el casco;
o en el tren que atraviesa Castilla entre la nieve...

Este dormitorio no es el mío, ni esta mi mesilla de noche. Afuera hay un silencio terrible.
¿Cuándo llegué a este hotel?

Constelaciones,
pájaros, horizontes, criaturas, giran
en torno a mí. Muchos niños, ¿de dónde?
Estos niños juegan, bajo la sombra materna,
en las plazuelas, igual que en todas partes.
No hay geografía. Todo es uno y lo mismo.
Un balanceo de llanto y de risa
mueve el corazón en todas partes...

¿A quién me recuerda este niño? ¿Te acuerdas
de aquellos que veíamos jugar en Santa Fe de Bogotá
junto a la Quinta de Bolívar? ¿O no eran
los que cantaban, unísonos, en el zoco de Fez?

La canción de los niños es varia y universa.
Es nuestra propia vida, memoriosa, que asciende
a nuestra ya insegura madurez.

¿Te acuerdas?
Hoy hemos visto nuestras fotos infantiles.
¿O eran las de nuestros hijos?

¿Dónde
empieza y termina la dimensión del alma?
¿Cuándo los tiempos dejan de ser nuestros?

¿Soy yo, exactamente, quien escribe estas líneas?

Ayer he debido acostarme muy tarde.

Todas las mañanas resucito lentamente
del sueño que nos deja amarga la carne
abriéndonos al asombro del vivir cotidiano.

¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? ¿Dónde
he dormido esta noche?

Cantan las cosas
en torno mío; unos trajes me aguardan
para hacerme la estatua del hombre que camina
por las calles y saluda amablemente
a sus amigos...

Y yo estaba dormido
en la sombra del sueño.

Y yo soñaba pájaros,
nubes, jardines arbitrarios, obstinadas presencias,
repetidas en la noche inacabable de la fiebre.

Y yo tenía mucha sed esta noche;
me he levantado a beber agua tres veces.

Altas algarabías de música sonando;
eran ecos lejanos, ya tenues, de las cosas,
o transfiguraciones de vivencias perdidas:
soñamos en espejos nuestras propias verdades
y regresamos a la verdad desnuda.

(Vas a llegar tarde a la clase, hoy es miércoles,
¿no te acuerdas? Empiezas a las once...)

Pero es verdad que al traspasar la puerta
hay una orgía de árboles al frente,
unos niños que juegan, un espléndido
jardín, sí, que no había soñado...

(sino que está hí, como siempre, ¿no te acuerdas?).

Todo es una larga, irreversible, ruta,
un tobogán que se hunde velocísimo
en una nada espeluznante y sombría.

Habrá que levantarse. Buenos días. El peso
de mis vestidos denuncia mi ayer monótono:
las monedas que suenan, la cartera, las gafas,
las llaves de la casa, y esa agenda
que ya me ha fabricado el quehacer, la jornada,
la entrevista, el recado, el teléfono, mi perfil
necesario para hoy miércoles, día tantos
de tantos de mil novecientos y tantos...

Corpúsculo en el tiempo, ¿qué sentido posees?
Interrogante absurdo, ¿de qué cenit te amparas?
Ciego en la noche, ¿cuáles son tus caminos?
Solitario entre gentes, ¿en qué brazo te apoyas?

No preguntes, ¿no has visto la hoja
de tu agenda? Todo está calculado: reloj, itinerario.
¿Cómo está usted? Ya lo ve usted, tirando...

Arrastrando un destino, unas fechas, un polen
que fecundó la vida, no te quejes,

no está mal,
la vida; has creado, has vivido, te vas
muriendo lentamente, feliz entre los tuyos,

no está mal. He tomado posesión de las cosas,
los mapas han servido de soporte a mis sueños,
he volado sobre los verdes y azules continentes,
he visto cómo risa y sollozo son lenguajes constantes...

no, no está mal..

¿Y ahora?

Tercamente
seguir con la ilusión de inventar un futuro,
como si no supiéramos que se acortan los días,
como si no fabricáramos edificios de arena,
torres de aire, pirámides de nubes...

Criatura obstinada,

fiel a ti misma aún...

Hasta que muera.

LA CASA VACÍA

1

NAVEGAMOS, amor.
Y hemos dejado
nuestra casa vacía. Nuestra casa
en la sombra de pálidas ausencias.

Guarda el sillón la huella, todavía,
del cuerpo reclinado; las almohadas
conservan la tibieza de unos rostros;
y ese libro caído, la reciente
mirada que ha pasado letra a letra
en la afanosa búsqueda de un verso.

2

OTRAS ausencias hay, ya congeladas,
de los hijos que huyeron como pájaros
en busca de otros nidos.
Navegamos
ahora en este limbo incandescente
que no encuentro en ninguna geografía
a medio andar entre esperanza y muerte,
con una carga dulce de pretéritos.

3

LEJOS, plata en azur, Sierra Nevada
extiende su pañuelo. Palomea
Motril, en su blancura opalescente.
Y el viejo mar amigo cabeceando
nos da también su voz de despedida.
Navegamos. La vida es un camino.
Y la casa vacía en el silencio
aparece como una rosa impávida.

4

ESE papel doblado es una esquina
del escritorio. ¿Es una carta, ausencia
de una sombra feliz o es un poema
que no halló la clausura de una estrofa?
Allí, en el otro extremo, las perdidas
llaves de las estancias que no tienen
respiración, jadeo, sueño, fiebre
cuanto fue adolescencia en el refugio
de la sombra paterna.

Viejas llaves
que muestran sus perfiles olvidados.

La mesa del yantar, donde reúnen
las voces graves de varón y junto a las
tiples de las muchachas, y el gorjeo
(la lagrimita a veces) de los niños.

La vieja servidora enraizada
al árbol, como un fruto de bondades
abnegadas, al borde discretísimo
del dolor del sufriente.

5

Navegamos.
SALTA, cabrilleando, clara espuma
sobre el fragor oscuro de la ola,
y el horizonte nuevo, en lejanía,
inventa los perfiles de una Atlántida.

6

EN tanto nuestra casa está en penumbra
cantando en el clavel de mi recuerdo,
junto al parque de pájaros que gimen
en la sonata de la larga ausencia.

7

NO hay nadie, nadie, nadie, nadie.
Acaso ahora sonará el teléfono
que nadie encontrará como respuesta
de no sé qué interrogaciones. Nadie
descolgará el auricular diciendo
«¿Diga? ¿Quién llama?»
Porque está la casa
vacía en el hondón de su silencio.

8

LOS libros se encarnizan en la oscura
cerrazón absoluta de sus páginas.
Los cuadros penden su vivir ficticio.
Yacen los discos con sus voces mudas
y los espejos pierden el azogue.
Las lámparas ocultan sus reflejos
y cada objeto es una sombra inútil.

Viejas fotografías reproducen
—¿para quién?— existencias y sonrisas.
Todo es penumbra en la vacía estancia.

9

¿NAVEGAMOS por mapas inventados?
Ahora hiende la proa la esmeralda
confusa del Atlántico.
¡Qué lejos
del horizonte cotidiano nuestro!
¿Se acuerdan de nosotros? ¿Merecemos
que nos recuerden los que se quedaron?
¿Por qué esta ruta azul, desmelenada,
desflecando la espuma de los sueños?

10

LA casa está vacía. Navegamos.
Las cámaras desiertas se han poblado
de los fantasmas que nosotros mismos
hemos ido creando en la existencia.

Criaturas de luz y de gemido,
cada instante ha dejado un suave rastro
que apenas raya el aire del recuerdo.

Somos leves corpúsculos de sombra,
eslabones fugaces en el tiempo,
término breve de esperanzas altas,
categóricas muertes implacables.

Sabemos que, al final de la jornada,
irremediablemente, dejaremos
esta vez de verdad, y para siempre,
vacía nuestra casa.
Para siempre.

Funchal, en el Atlántico,
febrero de 1973.

ÍNDICE

1. SONETOS EN EL MAPA

SONETOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL:

En Madrid (desde el paseo de Rosales) . 11
Salamanca, en la ribera del Tormes . . 12
Atardecer de otoño en Simancas . . . 13
En Segovia, al pie del alcázar, junto al sepulcro de san Juan de la Cruz . . . 14
En el pirineo aragonés, al llegar el invierno 15
En Toledo, desde el Cigarral del Ángel . 16
San Sebastián 17
En la bahía de San Agustín, de Palma de Mallorca 18
En la isla de Cabrera, con los fantasmas de unos prisioneros insepultos 19
En la plaza de Medina Sidonia donde unos hombres esperan trabajo 20
En Cadaqués, tarde de octubre 21
En Lisboa: habla el castillo de San Jorge. 22

SONETOS DE FRANCIA E ITALIA:

En París, atardecer en la rue de Rívoli . 25
En Colliure, donde reposa Antonio Machado 26

En Roma, piazza Colonna 27
En Ferrara, bajo la sombra del Ariosto . 28
En Arezzo, recordando el soneto de Alighieri a Guido Cavalcanti 29
En el canal del Brenta, que une Venecia y Padua 30

SONETOS DE LA EUROPA DEL ESTE:
En el museo de Amsterdam ante un cuadro de soldados 33
En Colonia al pie de la catedral 34
En Heidelberg desde el castillo mientras cae la tarde 35
En Budapest, sobre el Danubio, recordando a Garcilaso 36
En Moscú, bajo las murallas del Kremlin. 37
En Leningrado, recordando su martirio en la última guerra 38

SONETOS DE LOS CONFINES:
En el remoto Tadchikistán asiático, entre turbinas 41
Impromptu en Luxor al atardecer . . . 42
En la iglesia del Cuzco, ante la pintura que muestra los desposorios entre una princesa inca y un capitán español . . 43

2. POEMAS EN EL MAR DE GRECIA

GRECIA:
Llegada al milagro 51
Oración 52
U-topía 53
U-cronia 54
Recuerdo de Atenas 55

Cipreses, columnas 55
Cantata por la libertad de Occidente . . 56

MAR:
Mediterráneo 61
Delfines 62
Mar-espejo 62
Cuaderno de bitácora 63
Laberinto de azules 63
Rayos de luz, delfines 64

ODYSEUS:
Ulises habla 67
Retorno a Ítaca 69

CUADERNILLO DE DELOS:
Presencia 73
Meditación en las ruinas 74
Estallido de vida 75

CUADERNILLO DE MYCONOS:
Plenitud 79
Llegada a Myconos 80

CUADERNILLO DE ÉFESO:
Yo sería yo 83
Evocación de la Virgen en Éfeso 84
Epigrammata 85

CUADERNILLO DE PATMOS:
Evocación de Juan Evangelista 89
Evangelio según san Juan 91
El navío zarpa de la isla 92

CUADERNILLO DE RODAS:
En los bastiones 95
Amarrado al duro banco 96

El viajero recuerda su primera visita a la judería de Rodas 97
En el castillo de Pyrgos 99

CUADERNILLO DE SANTORÍN:
Asombro 103
En el monasterio de Santorín 104
Romance informal del viajero 105

CUADERNILLO DE CRETA:
En el pequeño teatro 109
Tauromaquia primera 110
El laberinto de Creta 110
El hilo de Ariadna 110
Contemplación del hombre 111
El príncipe de las flores de lis 111
Vejamen de arqueólogos 111
Recuerdo de el Greco 112

CUADERNILLO DE HYDRA:
Crepúsculo en el Egeo 115
Atardecer en el puerto 116
A un molino, en la bahía de Hydra . . . 117

CUADERNILLO DE ÉGINA:
Navegando ante la isla de Poros 121
En la bahía de Égina 122
Junto al templo de la isla de Égina que conmemora la derrota de los persas . . 123

CUADERNILLO DE ATENAS:
Navegando el golfo sarónico 127
El Pireo queda atrás 128
Recuerdo del partenón en el plenilunio . 129
En Atenas, junto al partenón 130

3. POEMAS Y CANCIONES DEL BRASIL

DECLARACIÓN DE AMOR:
Hispano soy, y nada... 135

AL LLEGAR:
Navegando ante la costa 141
El mar océano dice al Brasil 142
En la lucha se acrecienta la noción de patria 142
Danza 143
Paisaje 143
Mestizaje 144

CANCIONES EN BAHÍA:
Cancioncilla de bahía de todos los santos. 149
Son 153
Danza de caporeira 154
Candomblé 155
Rito 156
Historia de piratas 157

POEMAS DE RÍO DE JANEIRO:
Amanecer en Copacabana 161
Vendedor de cometas en la playa 166
Parlamento jovial de José Carioca . . . 167
Soneto de las playas de Río de Janeiro . 168
Reverso de la hermosura de Río 169
Brasil, 1; Uruguay, 0 170
Cancioncillas del carnaval de Río de Janeiro 170

POEMAS DE TIERRA ADENTRO:
Palacio imperial 177
Niña negra en el día de su primera comunión 178
«O Aleijadinho» 179

El hombre del sertao 180
Un «cabra» no puede ser infiel a su palabra 181
São Paulo 182
Brasilia 182

AL SALIR:
En el cuzco, el poeta evoca a los indios brasileños del Amazonas 185

CONCIENCIA DEL OTOÑO

CONCIENCIA DEL OTOÑO:
Este que estás aquí... 193
Ventana sobre el parque 198
Rueda dentada del tiempo... 199
Estoy desnudo frente al mar 200
Los bosques del otoño 202
El poeta ha cumplido sesenta años . . . 204
Siempre todavía 206
En una exposición de Manuel Viola . . . 208
Canto de muerte en Leningrado 210

CANTATA PARA DOS VOCES:
Los pálidos y lentos caballos de la niebla. 217

LA CASA VACÍA:
Navegamos, amor... 229

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES